

NO SE PUEDE VER EN
SERVICIO SECRETO

Ss

**ORDENES
SON ORDENES**

***Lou
Carrigan***

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS





SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

539 — Ha llegado tío Henry.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265 — Sekreten Polzeiken.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

470 — Un revólver tejano.

En Colección PUNTO ROJO:

1.015 — Muchachos para todo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.624 — Las damas del Loving Club.

En Colección KANSAS:

1.210 — La muerte en un segundo.

En Colección CALIFORNIA:

1.297 — York, pistolero.

LOU CARRIGAN

**ÓRDENES SON
ÓRDENES**

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1626
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 27.336-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: octubre 1981

© Lou Carrigan - 1981

texto

© Desilo - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pajados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

OSCAR WEBB terminaba justamente de peinarse, tras la ducha y un apurado afeitado, cuando sonó la llamada a la puerta de su apartamento en el Boulevard Saint Michel de París, ciudad desde la cual irradiaban todas sus operaciones como agente secreto de la CIA destinado en Europa.

Al oír el ding-dong miró su reloj de pulsera, y alzó las cejas con gesto simpático de asombro.

—Caramba —dijo en voz alta—: esto echa por tierra todas mis teorías respecto a la impuntualidad de las mujeres.

Pero hay mujeres y mujeres. Por ejemplo, la bellísima rubia Adeline era sin duda una mujer especial. No solo en belleza, sino en costumbres. Bueno, tanto mejor. No sería él quien se quejase porque Adeline se adelantara a la hora de la cita.

Salió del cuarto de baño, pasó por la salita para recoger la chaqueta, y poniéndosela, fue a abrir.

No era Adeline, la pícara francesita. Era una mujer, eso sí. Alta, de cabellos negros, ojos oscuros, boca roja y llena. Llevaba lentes, así que, de momento, esto dificultó que Oscar captara la belleza de sus ojos. En cuanto a su cuerpo, debido al impermeable, tampoco se revelaba demasiado en sus concretas formas. En la mano derecha, la mujer sostenía un portafolios. En la izquierda, un paraguas.

—Está lloviendo —dijo ella.

Oscar no se desconcertó en absoluto.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo amablemente.

—Soy Winifred Amberly, agente de la C.I.A

Oscar Webb ladeó la cabeza, entornó los párpados y casi sonrió.

—Qué casualidad —dijo con tono suave, casi meloso—: yo también soy agente de la C.I.A.

—Lo sé —dijo ella—. Precisamente, acabo de llegar a París con un recado para ti. ¿Puedo pasar?

—No faltaba más —se apartó Oscar de la puerta.

Winifred Amberly entró en el apartamento. Oscar cerró la puerta y se hizo cargo del paraguas de la muchacha, que colocó en un exótico paragüero de porcelana. Ella dejó el portafolios sobre la consola, y se volvió de espaldas, para que Oscar le quitase el impermeable, cosa que él hizo con amable diligencia.

—Se está muy bien aquí —dijo Winifred—. Afuera hace un frío terrible.

—Ponte de cara a la pared y apoya las manos en ella. Los pies hacia atrás. Ya sabes.

—Sí —asintió Winifred.

Se colocó de modo que habría caído hacia adelante si no hubiera estado apoyada con ambas manos en la pared. Oscar Webb la cacheó expertamente, desde los hombros a los pies, por supuesto sin pasar por alto los pechos, entre los cuales palpó en busca de algún arma. Finalmente, le subió la falda hasta la cintura, dejando al descubierto una braguita deliciosa. Metió una mano entre los muslos. Nada, ningún arma.

—Tienes un culo precioso, Winifred —dijo—. Bueno, esto ya está. Puedes volverte. Y espero no haberte molestado.

Ella se volvió, sonriendo,

—Me habría molestado más que no fueses desconfiado —dijo—. De todos modos, estoy al corriente de que el agente Webb no es de los que se dejan sorprender. He oído cosas de ti en la Central.

—¿Buenas o malas?

—Son puntos de vista.

—Ah. Bueno, pasa. Tomaremos un trago. ¿O no bebes?

—De cuando en cuando —dijo ella, tomando el portafolios.

Oscar se lo quitó, lo abrió, y echó un vistazo. Nada de armas. Se lo devolvió, la tomó del brazo, y se dirigieron hacia la salita.

—¿Qué puntos de vista? —preguntó.

—Si yo fuese una persona corriente, pensaría que las cosas que he oído de ti son malas, ya que, al parecer, eres astuto, implacable y hasta se diría que malvado. Pero, considerando que eres un agente

de la C.I.A., y que durante algunos días voy a trabajar contigo, me parecen buenas. Es tranquilizador trabajar junto a un hombre de tus características. Algo así como un seguro de vida.

—Eres muy amable. ¿Whisky o coñac?

—¿El coñac es francés?

—Por supuesto —casi se ofendió Oscar.

—Entonces, coñac. Oye, esto no está nada mal. Sabes vivir, ¿eh?

—Mientras el cuerpo aguante... ¿Te lo caliento o lo prefieres al calor de la mano? El coñac, claro.

—¿Qué me aconsejas?

—Tengo calentacopas —dijo Oscar, encogiendo los hombros—, pero a mí me parece una tontería calentar el coñac.

—Entonces, no me lo calientes.

—Okay. ¿Qué recado traes para mí?

—Tenemos que ir a Mogambia.

Oscar se quedó mirándola hoscamente.

—A Mogambia... —gruñó—. Si no me equivoco, eso es un país africano lleno de negros, casi en el ecuador, en la costa Oeste del continente.

—Sí. ¿No te gustan los negros?

—Me tienen sin cuidado.

—¿Quieres decir que no les concedes importancia?

Oscar terminó de servir el coñac, se acercó a Winifred, que se había sentado en un sillón, y le tendió la copa. Con la suya en la mano izquierda, Oscar se sentó en otro sillón, frente a ella.

—Quiero decir que no soy racista —aclaró—. Bueno... ¡salud!

—Salud —alzó Winifred la copa—. Para que podamos volver a París a tomar otra copa.

—Es un buen brindis —murmuró Oscar; bebió un sorbo—. ¿Debo entender que el asunto es peligroso?

—Para nosotros dos personalmente y en principio, no. Pero supongo que tendremos dificultades para hacer el trabajo. Claro está —sonrió Winifred—, si fuese fácil no te enviarían a ti, que eres muy útil en París.

—Gracias por el elogio. ¿Qué tenemos que hacer en Mogambia?

—Encontrar diez mil litros de cianuro.

De nuevo se quedó Oscar mirando fijamente a su visitante. Sorbió otro trago de coñac y ofreció cigarrillos a su colega, que

aceptó. Ya fumando ambos, Oscar preguntó:

—¿Te importaría esperar unos segundos mientras hago una llamada?

—Claro que no. Nuestro avión no sale hasta mañana por la mañana. Ya tengo los pasajes.

—Eres muy eficiente.

—Tengo la esperanza de que estaré a tu altura en todo momento —sonrió Winifred.

Oscar asintió, fue a sentarse al sofá, ante el cual, en una mesita, estaba el teléfono, y marcó un número. A los pocos segundos, atendieron la llamada.

—¿...?

—Harry, soy Oscar. Te llamo desde mi apartamento. Tengo ante mí a una muchacha morena, ojos negros, uno setenta y dos, buen pecho y buenas caderas, tirando a bonita en general y dotada de un considerable desparramo. Dice llamarse Winifred Amberly, y que la compañía la ha enviado para que trabaje conmigo como secretaria. Me ha hablado de diez mil litros de cianuro. ¿Está todo correcto?

—...

—De acuerdo, esperaré. Sí, hombre, aquí mismo, claro —el agente de la C.I.A. colgó el auricular—. Bueno, ¿qué decías de cianuro?

—Si te parece bien, empezaré por el principio. Necesito mi portafolios.

Oscar fue adonde había dejado el portafolios, se lo entregó a Winifred, y se sentó en el brazo del sillón que esta ocupaba. Ella sacó del portafolios unas fotografías, que fue pasando a medida que hablaba.

—Este es Abel K. Gardiner, presidente de la República de Mogambia. Es un hombre maduro e inteligente. Viudo. Tiene una hija. Los mogambianos no están muy conformes con él, pero Washington considera que es el hombre adecuado a los intereses de Estados Unidos en esa parte de África, de modo que lo considera y lo trata como a un aliado de cierta importancia.

—¿Qué significa la K?

—Kombato —rio Winifred—. Abel Kombato Gardiner es hijo de un nativo y de una mujer inglesa. Él prefiere nominarse con el apellido materno. Impresiona más en Mogambia.

—Ya.

—Este otro es Timbo Nekabamba, nativo cien por cien de Mogambia. Es el vicepresidente del país, amigo personal de Gardiner, y al parecer, un buen y fiel colaborador de este. Washington está también satisfecho de Nekabamba, habida cuenta de que sus intereses y tendencias políticas son idénticas a las de Gardiner.

—O sea que los dos son marionetas de Washington.

—Así puede decirse —asintió Winifred—. Por eso la C.I.A., naturalmente, apoyará a Gardiner en cualquier dificultad. Bien, este otro es Dickson Marambua... ¿Qué te parece?

—Tiene cara de bruto.

—Según parece, lo es bastante. Era sargento del ejército mogambiano cuando, hace poco, decidió que no debía servir más a Gardiner y su gobierno. Se mostró en clara discrepancia con la presidencia, y desertó. En estos momentos, Dickson Marambua anda por las montañas del interior con una partida de hombres también rebeldes, de número indeterminado, pero que, según informes, va en aumento. Los informes respecto a Dickson Marambua proceden de un compañero nuestro destinado en Cité Mogambia, la capital del país. Nuestro compañero se llama Duncan Terrell, y nos estará esperando cuando lleguemos al aeropuerto internacional de Cité Mogambia mañana por la tarde. La situación, pues, está clara: el exsargento Dickson Marambua ha iniciado una revuelta cuyo objetivo final es derrocar a Abel K. Gardiner.

—Ya. ¿Y colocarse él en la presidencia?

—No, no. Lo que Marambua quiere es que se convoquen elecciones presidenciales extraordinarias inmediatamente, para que el pueblo elija un nuevo presidente que no esté bajo las consignas de Washington.

—Caramba —sonrió fríamente Oscar—, ¡ese Dickson Marambua es todo un incordio!

—Como es lógico, la Central quiere que lo eliminemos. A Washington no le interesan esas elecciones presidenciales extraordinarias, y si le interesa, en cambio, que Gardiner continúe en la presidencia.

—Claro. Bueno, una pregunta: ¿están los rusos apoyando a Dickson Marambua y su rebeldía?

—Nuestro compañero Duncan Terrell ha informado de que no existe ninguna evidencia en este sentido. Todos sabemos que Rusia está buscando asentaderos en el continente africano, pero no consta que esté interviniendo en el asunto de Mogambia. Sin embargo, nosotros no nos sorprenderíamos demasiado de que lo estuviera haciendo, ¿verdad?

—Eso sería lo lógico. Bien, ya conozco el esquema. ¿Qué pinta en todo esto esos diez mil litros de cianuro?

—El presidente Gardiner está tratando de industrializar Mogambia, y ese cianuro forma parte de sus proyectos. Naturalmente, ese cianuro estaba destinado a usos industriales. Mogambia compró la carga de cianuro a una compañía británica llamada Southchemical, y contrató los servicios de un carguero de matrícula francesa, llamado «Bondieu», para que la transportase a Mogambia. Todo normal y pacífico. Sin embargo, el «Bondieu» no llegó a Cité Mogambia con su carga.

—¿Por qué?

—El barco ha desaparecido. Consecuentemente, la carga también, junto con otros fletes que el «Bondieu» transportaba a otros lugares de África del Sur.

—¿Han secuestrado al «Bondieu»?

—Eso parece. Lo cierto es que los dos periódicos de Cité Mogambia recibieron una llamada telefónica efectuada por Dickson Marambua, el rebelde. Marambua aseguró tener en su poder los diez mil litros de cianuro, y amenazó con verterlos en los depósitos de agua potable de la ciudad capital y de otras de menor importancia, así como en ríos y embalses, si Abel K. Gardiner no autoriza y patrocina unas elecciones presidenciales extraordinarias en el plazo de quince días como máximo. Según nuestros técnicos, eso sería una catástrofe para Mogambia. Está en la época seca, no disponen de mucha agua, así que si las que hay en curso o embalsadas son envenenadas se producirá un desastre ecológico fluvial, y sin duda alguna, la muerte de miles de personas en toda Mogambia. Si queremos evitar eso, tú y yo tenemos que encontrar los diez mil litros de cianuro. Y suplementariamente, eliminar de una vez por todas a Dickson Marambua. ¿Me he explicado bien?

Oscar Webb asintió con un gesto, y fue a apagar el cigarrillo en el cenicero. Justo entonces sonó el teléfono. Descolgó el auricular.

—¿Sí?

—...

—Gracias, Harry. ¿Te han dicho también que salgo mañana por la mañana de viaje?

—...

—De acuerdo, entonces. Hasta la vuelta.

Colgó, y quedó pensativo.

—¿La compañía ha confirmado mi personalidad? —sonrió Winifred.

—Sí.

—Entonces, todo está en orden.

—Desde luego. ¿En qué hotel vas a alojarte?

—He dejado todas mis cosas en el aeropuerto, así que no dispongo de equipaje para que me dé cierta respetabilidad en un hotel. A decir verdad, pensaba que me invitarías a pasar la noche aquí.

—Bueno, estoy esperando una visita que...

El ding-dong llegó hasta ellos. Oscar miró su reloj y frunció el ceño. Ahora sí, era la hora de Adeline.

—¿No puedes posponer esa visita hasta la vuelta? —preguntó Winifred.

—En primer lugar —dijo suavemente Oscar—, no es seguro que volvamos, amiguita. ¿Se te ha ocurrido pensar eso?

—Oh, si —sonrió Winifred—. Pero yendo contigo todo terminará bien.

—Ya. Bueno, en segundo lugar esa persona que acaba de llamar es una linda francesita con la que pensaba cenar aquí, charlar un ratito, y echar un par de polvos. Claro está, puedo prescindir de eso, pero por si no vuelvo, sería agradable haberme despedido así de París... y de la vida. ¿No te parece?

—Te comprendo. Bien, buscaré algún hotel que...

—Podríamos arreglarlo de otro modo —sonrió maliciosamente Oscar—: yo despedido a mi amiguita francesa y tú ocupas su lugar... a todos los efectos.

—¿Incluyendo hacer el amor?

—Claro, mujer.

—De acuerdo.

—¿De veras? —alzó las cejas Oscar.

—¿Por qué no? —rio Winifred—. Es lógico y natural que entre compañeros nos prestemos toda clase de servicios, ¿no?

—Chocante... —dijo Oscar—. ¡Chocante!

—Si tu idea es la de apabullarme en algún sentido, olvídalo —rio de nuevo Winifred.

—Chocante —insistió Oscar.

Y se dirigió hacia la puerta. Desde la salita. Winifred oyó su voz en la puerta del apartamento, y la voz femenina un tanto histérica. Cuando menos, seriamente enfadada. Al poco, se oyó un portazo. Oscar Webb reapareció en la salita.

—Me parece que la francesita se ha enfadado —dijo Winifred.

—Lo suficiente para que sea inútil que la llame cuando regrese a París. Bueno, París está lleno de francesitas... Y digo esto porque la cosa tiene que quedar bien clara: todo esto es provisional, ¿de acuerdo? Buenos amigos, satisfacciones mutuas, y eso será todo. No me vengas luego con el cuento de que te has enamorado de mí y que pretendes de un modo u otro continuar el asunto.

—Provisional —aceptó Winifred—. ¡Bueno...! Creo que todo esto empieza con la cena, ¿no? ¡Tengo un apetito...!

* * *

—¿Estás ya satisfecho? —preguntó Winifred, sonriendo.

—Bastante —gruñó Oscar.

Completamente desnuda, Winifred giró hacia él y se alzó sobre un codo, para mirarlo mejor.

—Yo no tengo inconveniente en seguir, te lo advierto —rio.

—Lo que significa —murmuró Oscar, deslizando un dedo por los magníficos pechos femeninos— que a ti tampoco te ha ido mal.

—Claro que no. No tengo inconveniente en admitir que ha sido muy, muy satisfactorio. Llegué aquí helada de frío, tenía hambre, y no me atraía la idea de ir a un hotel. Tú has solucionado todo eso y, además, has sido muy gentil y placentero... ¿Por qué habría de decir que me ha ido mal? ¡Ha sido todo lo contrario! Gracias, Oscar.

Se inclinó sobre él y lo besó en la boca. El beso se fue prolongando. Finalmente, Oscar Webb sacó fuerzas de flaqueza, y poco después, él y Winifred, ambos agentes de la C.I.A., y por tanto compañeros, intercambiaban satisfactorios servicios de buena camaradería.

Al terminar, Winifred soltó un fuerte suspiro y, acto seguido,

exclamó:

—¡Cielos, qué bien se está en París!

—Pero recuerda —gruñó Oscar—: esto es provisional. Solo provisional.

CAPÍTULO II

HACIA las cinco de la tarde, el editor británico señor Oscar Webb y su secretaria, la señorita Winifred Amberly, llegaban al aeropuerto internacional de Cité Mogambia en un reactor de la Air France que había hecho escala en Dakar. Un vuelo cómodo y perfecto. Ningún problema.

Es decir...

—¿Estás segura de que Terrell debía esperarnos? —preguntó Oscar Webb.

—Naturalmente.

—Bueno, ¿dónde está?

—Supongo que aparecerá de un momento a otro —musitó ella.

Sus pasaportes fueron examinados, sus equipajes recogidos. Salieron de la sala de recepción de vuelos internacionales, y la señorita Amberly miró alrededor detenidamente, entornando los ojos tras los cristales de sus interesantes gafas de eficiente secretaria. Oscar Webb no decía nada. Encendió un cigarrillo.

—No veo a nadie que pueda ser él —murmuró Winifred.

—Esperaremos un poco. Si está por aquí, tendrá que vernos e identificarnos.

Esto era seguro. En el vuelo habían llegado algunos viajeros blancos, pero pronto desaparecieron. Quedaron bajo las miradas de la muchedumbre de raza negra que iba de un lado a otro del aeropuerto. Por supuesto que resultaban llamativos, siendo de raza blanca, vestidos a la europea, ambos altos, ambos atractivos, poco corrientes...

A su alrededor todo eran colorines de camisas extravagantes,

cabezas rapadas o, como contraste, extrañas melenas rizadas. Un grupo de jóvenes de ambos sexos pasaron cerca de ellos, riendo, con un transistor emitiendo música a toda potencia. Las muchachas vestían largos blusones, bajo los cuales oscilaban graciosamente sus pechos sueltos. Afuera, el sol hacia palidecer el azul del cielo. Pasaba gente en bicicleta, se veían algunos taxis. Un aviso sonó por los altavoces, primero en francés, luego en inglés.

—Voy a los servicios —murmuró Winifred Amberly.

—Bien.

Winifred ya los había localizado. Entró en los destinados a mujeres y ocupó uno de los compartimentos para necesidades mayores. Desde luego, no habían llegado con armas, que habrían sido detectadas tanto en Orly como en el aeropuerto de Cité Mogambia, pero sí llevaban las radios de bolsillo, convenientemente camufladas en sendos paquetes de cigarrillos. La onda de dichas radios había sido establecida en la Central de la C.I.A. conforme a la que utilizaban los hombres de esta en Mogambia, así que Winifred solo tenía que pulsar la llamada, y recibiría respuesta. De cualquier agente de la C.I.A., no importaba que fuese o no Duncan Terrell.

Pero no recibió respuesta alguna de nadie. Insistió, con el mismo resultado. La conclusión era obvia: o todos los agentes de la C.I.A. en Mogambia, y concretamente en la capital, estaban muertos, o todos se habían marchado.

Linda perspectiva.

Winifred se reunió a los pocos minutos con Oscar Webb, que la miró interrogante. Ella movió la cabeza.

—No contesta nadie —dijo, con voz tensa.

—Salgamos de aquí. Buscaremos un hotel y llamaremos por la radio más tarde.

En cuanto se dispusieron a cargar con su reducido equipaje, evidenciando que ya no iban a esperar más, un hombre negro que había estado por allí se acercó rápidamente a ellos. Oscar lo miró, fija e inexpresivamente. Lo había visto antes, por supuesto, y no se sorprendió de la actitud del negro, pues parecía un empleado del aeropuerto.

El negro les habló en deficiente pero comprensible inglés:

—¿Desean taxi? ¿Hotel? Buen hotel, mucho bueno hotel. Yo llevar equipaje, señorita, por favor. ¿Sí?

—De acuerdo —aceptó Winifred.

Cambió una mirada con Oscar. No era fácil que los sorprendieran a ninguno de los dos.

El mozo negro los precedió al exterior. Enseguida, un taxi se acercó y se detuvo ante él. El conductor se apeó a toda prisa, y alzó la tapa del maletero, donde fue colocado el equipaje de ambos. Oscar dio una generosa propina al negro, que la agradeció con una simpática sonrisa que parecía divertida. Oscar se limitó a alzar una ceja. Winifred ya estaba acomodada en el asiento de atrás del taxi. Se reunió con ella.

El conductor del taxi, también de raza negra, por supuesto, puso el vehículo en marcha. El cielo era resplandeciente, cegador. Lo que podía quizás ser llamado autopista era una carretera discretamente buena, sin más. A la izquierda veían, muy lejos, como difuminadas, las montañas. A la derecha estaba el mar, como a medio kilómetro. En alguna parte se recortaba un grupo de palmeras. Frente a ellos comenzó a verse la blancura de los edificios más altos de Cité Mogambia. Winifred miraba hacia delante y Oscar hacia atrás con alguna frecuencia.

Sin embargo, la relativa sorpresa no llegó ni por delante ni por detrás, sino lateralmente. En un desvío de la carretera apareció un hombre, también negro, haciendo señas.

El conductor del taxi, sin volverse, dijo:

—Se supone que son ustedes amigos del señor Terrell... ¿Le conocen?

—Sí —dijo en el acto Winifred—. ¿Y usted?

—Yo no. Pero les puedo poner en contacto con una persona que podrá darles noticias de él.

—Está bien.

El conductor, que había reducido la velocidad considerablemente, giró y salió de la carretera. Se detuvo justo delante del hombre que había hecho señas. Este hombre abrió la portezuela delantera derecha y se sentó junto al conductor, al que preguntó algo en una jerga que ni Winifred ni Oscar comprendieron.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Oscar.

—Ha preguntado si esta vez estoy seguro —sonrió el conductor—. Es que antes me equivoqué y también mi compañero del

aeropuerto, y recogimos a un inglés que no conocía al señor Terrell.

—¿Dónde está Terrell? —preguntó Winifred.

—No sé, señorita. Pero pronto hablará con una persona que los atenderá bien.

—¿Qué persona?

—Una persona —volvió a sonreír el negro.

—Si hace algo que no nos gusta, le volaré la cabeza de un balazo —dijo Oscar.

—Claro que no —sonrió una vez más el conductor—. Está muy serio eso de llevar armas en un avión. Antes, todavía había personas que conseguían pasarlas, pero ahora es muy difícil. Y como ustedes esperaban que el señor Terrell se las facilitase al llegar aquí, no creo que hayan corrido el riesgo de complicarse la vida. Así que no llevan armas. Pero no se preocupen, todo está bien.

—Será mejor para todos —dijo Oscar secamente.

—Sí, mejor para todos. Pronto llegaremos.

El viaje duró solo cinco minutos más, siempre tierra adentro, por una carretera estrecha, que finalmente también abandonaron, para seguir por un camino de tierra, junto al cual crecían árboles de copa achatada, de delicada línea que parecía un encaje. El negro que iba sentado junto al conductor se volvió hacia los pasajeros, sonriendo, y señaló los árboles.

—Baobab —dijo.

Oscar se limitó a mirarlo inexpresivamente. Ni a él ni a Winifred le importaba que aquellos árboles se llamasen baobab o de cualquier otro modo.

Pero fue justo a la sombra de un baobab donde el taxi se detuvo por fin... junto a un automóvil negro que esperaba también a la sombra, con el motor parado. Un negro salió de este automóvil, y se acercó al taxi. El conductor miró a Winifred y Oscar.

—Vayan hacia el otro coche, por favor. Nosotros colocaremos en él sus cosas.

Oscar salió en primer lugar. No parecía que hubiese nadie más por allí. Se volvió y tendió la mano a Winifred, que había estado mirando hacia el otro lado. En la ventanilla de atrás del automóvil negro apareció una cabeza.

—Vengan, por favor —sonó la delicada voz, en perfecto inglés.

Oscar y Winifred fueron hacia allá. La cabeza seguía asomada a

la ventanilla. Una cabeza notable, interesante con su pelo discretamente afro. El rostro de la muchacha era bellísimo, dotado de grandes ojos negríssimos, boca no demasiado abultada, facciones bien definidas. No debía tener más de veinte años. Ella abrió la portezuela y se desplazó por el asiento, hacia el otro extremo. Winifred quedó en el centro y Oscar en el extremo opuesto. La muchacha vestía muy bien, pero sin un solo detalle extravagante o tan siquiera llamativo. Un delicado y discretísimo perfume parecía brotar de su piel no decididamente negra, que mostraba su sedosa tersura en el escote.

—Espero que esta vez no haya error... —dijo la casi negra y preciosa joven—. ¿Son ustedes amigos del señor Duncan Terrell?

—Así es —dijo Winifred—. Y nos gustaría saber por qué él no nos ha esperado en el aeropuerto.

—A mí también —suspiró la muchacha—. En realidad, ya no sabíamos qué hacer. Tanto el señor Terrell como Nio Korengo han desaparecido.

Winifred quedó muda, mirando fijamente los negros ojos de la muchacha.

—¿Quién es Nio Korengo? —preguntó Oscar Webb.

—El jefe del servicio secreto de Mogambia. Él y el señor Terrell son buenos amigos.

—Y los dos han desaparecido.

—Sí.

—Ya. ¿Y quién es usted?

—Soy Celia Gardiner, la hija del presidente Gardiner.

Oscar y Winifred se quedaron mirándola. El equipaje había sido ya colocado en el maletero del coche negro. Los otros dos hombres regresaron al taxi mientras el conductor de la señorita Gardiner se sentaba ante el volante del coche negro. Celia Gardiner lo señaló con un gesto

—Él es Onoto, un buen amigo que ha aceptado ayudarnos. Ha estudiado en Cambridge.

El llamado Onoto se volvió, sonriendo.

—Es un placer conocerles, señorita... señor... señor...

—Yo soy Oscar Webb —murmuró este—. Ella es mi secretaria, la señorita Winifred Amberly.

—Encantado —dijo Onoto—. ¿Nos vamos ya, Celia?

—Sí, por favor, Onoto. ¿Ha dicho usted su secretaria, señor Webb?

—Hemos venido como el editor Webb y su secretaria —dijo Oscar.

—Ah. Muy convincente. Sí, porque de este modo podré ponerlos en contacto con personas interesantes, si es necesario. Nadie se sorprenderá de que mi padre, como una aportación más a la cultura y la industrialización de Mogambia, haya recurrido a un editor inglés para desarrollar nuestra enclenque industria editorial... Está muy bien pensado.

—Gracias —el coche ya llegaba al camino—. ¿Podemos saber adónde vamos, señorita Gardiner?

—A un bungalow donde espero que se encontrarán agradablemente instalados. Está cerca del mar. Es un sitio muy hermoso, con muchas flores, palmeras... Todo eso que gusta tanto a los turistas.

—Nosotros no somos turistas —deslizó amablemente Winifred.

—Por fortuna para nosotros —dijo Celia Gardiner—. La verdad es que estamos un poco asustados. El señor Terrell nos aseguró que la C.I.A. enviaría hoy a una persona que podría ayudarle mucho en la búsqueda del cianuro...

—¿Terrell habló de una sola persona? —preguntó Winifred.

—El señor Terrell habló de esto con Nio Korengo, el cual informó a Emerson Smith, nuestro secretario de Estado, el cual, a su vez, informó a mi padre, quien por último me pidió a mí que viniera a esperar a esa persona. Es muy posible que durante los sucesivos traslados de la información esta se haya desvirtuado un poco, y que mi padre, o Emerson, o yo misma, entendieran que era una sola persona, y no dos. Por favor, señorita Amberly, no desconfíe de nosotros.

—A decir verdad, preferiría hablar con Terrell.

—La comprendo a usted. Pero ya le he dicho que el señor Terrell ha desaparecido. Y lo mismo Nio Korengo, nuestro jefe del servicio secreto. Bueno, ya comprenderán ustedes que en Mogambia no podemos tener un servicio secreto... importante. Somos pigmeos al lado de la gigantesca C.I.A., claro está. Es por eso que esta ordenó al señor Terrell que fuese instruyendo paulatinamente a Nio Korengo sobre sistemas de espionaje y todas esas cosas. Mientras

esperábamos la llegada de esa ayuda que el señor Terrell aseguró sería la más adecuada y eficaz, él desapareció, y lo mismo Nio Korengo. Así que todos estamos... asustados y desconcertados. No sabemos qué hacer. Por fortuna, ya están ustedes aquí. Supongo que usted dirige la operación, señor Webb.

—Sí. Pero dígame, ¿qué operación?

—Evidentemente, de un modo básico, recuperar el cianuro.

—Ya. ¿Y por dónde empiezo? Porque si Terrell pudiera decirme algo, proporcionarme cualquier pista, podría empezar a trabajar, pero así... Bueno, soy espía, no mago, ¿comprende?

—Los hombres de nuestro servicio secreto, en ausencia de su jefe Nio Korengo, han seguido trabajando, señor Webb... y siguen haciéndolo. Esperamos encontrar alguna pista que pueda servirles a ustedes para empezar.

—Dígame una cosa —preguntó Winifred—: ¿por qué se ha metido usted en esto?

—Porque las cosas se están poniendo muy tensas, y mi padre empieza a desconfiar de todo el mundo, excepto de Nekabamba y de Emerson Smith. Así las cosas, solo uno de ellos tres podía contactar con ustedes, pero a mi padre le pareció demasiado... llamativo, y me envió a mí. Naturalmente, puedo moverme por el país con más libertad y menos riesgos que mi padre, ya que no soy tan conocida.

—Claro. ¿Debemos entender que sería arriesgado para su padre dejarse ver demasiado?

—Indudablemente. Ese loco de Dickson Marambua está llenando el país de estúpidos fanáticos, a cualquiera de los cuales se le podría ocurrir atentar contra mi padre.

—¿Qué se sabe del exsargento Marambua? —preguntó Oscar.

—Sigue por las montañas, reclutando fanáticos.

—¿Es seguro que tiene el cianuro?

Celia Gardiner miró sorprendida a Oscar.

—¿Seguro? Bueno... él ha dicho que lo tiene, y lo cierto es que el cianuro no llegó al puerto de Cité Mogambia, señor Webb.

—¿Cómo era transportado? ¿En un depósito, en un *container* hermético...?

—En bidones.

—Mala suerte.

—¿Por qué?

—Porque en bidones pequeños es más fácil de transportar sin llamar la atención que en un gran depósito o *container*.

—Es verdad —murmuró Celia—. Sí, claro. Vaya, qué pregunta tan curiosa la suya, señor Webb: ¡claro que Marambua debe tener el cianuro!

—¿Ha sido hallado el carguero que lo transportaba, el «Bondieu»?

—Todavía no. Creemos que ha sido hundido.

—Sería lo más lógico —murmuró Winifred—. ¿Cuántos nombres componían la tripulación?

—Según nuestras noticias, once o doce.

—Y ninguno de ellos ha aparecido por parte alguna, claro.

—No, ninguno. Me temo... Bueno, he oído conversaciones entre mi padre, Timbo Nekabamba y Emerson Smith y... Creo que ninguno de los tres se sorprendería de que Dickson Marambua hubiese... eliminado a toda la tripulación, o los hubiese hundido junto con el barco.

—Está claro que ese Marambua es una mala bestia.

—Sí... Bueno, según mi padre, Dickson Marambua siempre fue lo que se llama un pedazo de bruto, así que no sería extraño que cometiese cualquier atrocidad. Lo extraño es que se haya rebelado. Fue siempre fiel al Gobierno, y, especialmente, a mi padre.

—¿Por qué ha dejado de serio? Un hombre así no cambia de bando fácilmente, señorita Gardiner.

La muchacha encogió los hombros.

—Quizá alguien haya influido en él —murmuró.

Winifred y Oscar cambiaron una mirada. Los dos pensaban lo mismo, pero no dijeron nada. ¿Los rusos? ¿Qué le habían ofrecido los rusos a Dickson Marambua? La presidencia de Mogambia, no, ya que no era esto lo que Marambua exigía. Entonces, ¿qué? Esto, claro, suponiendo que los rusos estuvieran involucrados en el asunto.

—Supongo que usted nos facilitará armas —dijo Oscar.

—Desde luego. Están en el bungalow. Además de armas, hay teléfono y una pequeña radio para comunicaciones de emergencia directamente conmigo. Cualquier cosa que necesiten solo tienen que pedirla.

—Gracias. Es usted muy eficiente.

Celia Gardiner se echó a reír.

—¡Si supieran el miedo que tengo! —exclamó—. Seguramente si hubiera sabido que a mi regreso a casa me iba a encontrar con esto, me habría quedado en Londres.

—¿También ha estudiado en Inglaterra? —preguntó Winifred.

—Y en Francia. Bueno, estamos llegando.

CAPÍTULO III

EL bungalow era discreto pero, efectivamente, muy agradable y confortable, rodeado de flores y palmeras, y situado muy cerca de la playa. Celia Gardiner los puso al corriente de todo, especialmente de la ubicación de la pequeña radio, colocada debajo de un sillón, que solo tenía que ser colocado sobre su respaldo para dejarla al descubierto. También les facilitó su número de teléfono, y terminó diciendo:

—Como supongo que están ustedes fatigados del viaje, los dejaremos solos, para que descansen esta noche. Por la mañana quizá puedan empezar a trabajar.

—¿Partiendo de dónde? —preguntó Winifred.

—Bueno, no sé... Quizá algún amigo del señor Terrell pueda indicarles...

—No queda en Cité Mogambia ningún amigo de Terrell —dijo Winifred.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió la mulatita.

—Lo sé. Seguramente había cuatro o cinco hombres además de Terrell, pero ya no están. Tengo que pensar que cuatro o cinco hombres blancos muertos habrían sido encontrados, o alguno de ellos. Así que posiblemente se han marchado.

—¿Quiere decir que no queda nadie de la C.I.A. en Mogambia, excepto ustedes dos? —abrió mucho los ojos la muchacha.

—Así parece.

—Yo creí... Pensé que quizá estuviesen escondidos esperándoles, asustados por la desaparición del señor Terrell...

—No. Simplemente, no hay nadie. O están todos muertos.

—Pero entonces... ¿qué van a hacer ustedes?

—Algo se nos ocurrirá —dijo Oscar—. Mientras tanto, esperemos que los hombres de Nio Korengo, en ausencia de su jefe, sigan trabajando en el asunto.

—Oh, sí, de eso estoy segura.

—Deberemos tener paciencia, eso es todo.

—Si. Bien, si necesitan algo, ya saben...

—Sería bueno que dispusiéramos de un vehículo —dijo Oscar, un tanto divertido, al parecer.

—¡Oh! No... no pensé en eso... Bueno, hay una motocicleta dentro de un pequeño cobertizo situado detrás del bungalow. Pero les enviaré un coche mañana temprano.

—Muy bien.

Celia Gardiner y su amigo Onoto se marcharon en el coche negro, y la señorita Amberly y el señor Webb quedaron solos. Cuando dejó de oírse el zumbido del motor del coche, todo quedó en un denso silencio.

El bungalow constaba de dos habitaciones dormitorios, pero Oscar y Winifred pusieron sus cosas en uno solo. Ella señaló el armario, de persianas blancas.

—Pondré nuestras cosas ahí —dijo.

—Bien. Yo voy a ver si la motocicleta funciona, por si llegásemos a necesitarla.

Mientras hablaban, se hacían señas, que uno y otro interpretaron con toda exactitud. Y así, mientras Oscar Webb salía en busca del cobertizo, Winifred puso las cosas de ambos en el armario, pero acto seguido se dedicó a buscar en el dormitorio, y luego en la sala de estar, la posible presencia de algún micrófono.

Afuera, Oscar Webb, que se había colocado ya una funda axilar con la correspondiente pistola con silenciador, probó la motocicleta, que funcionaba. La dejó en el cobertizo y dio un par de vueltas alrededor del bungalow, examinando con especial cuidado las huellas de neumáticos de automóvil en el camino y ante la baja edificación exótica.

Cuando regresó al interior del bungalow, Winifred estaba en la cocina, examinando el contenido del frigorífico.

—Nos están cuidando bien —sonrió ella.

—En los últimos días han venido por aquí no menos de tres

coches diferentes —dijo él.

—¿Te sugiere algo eso?

—Por el momento, no. ¿Alguna novedad por tu parte?

—No. Parece que el bungalow está limpio.

—Si los rusos han trabajado aquí, no será fácil encontrar nada.

—¿Qué más da? —sonrió ella, casi río—. Si los rusos están interviniendo, ya saben que tú y yo hemos llegado, desde luego, pero si esperan conseguir escuchar algo interesante por medio de micrófonos es que son tontos.

—Quizá te estén oyendo —casi sonrió Oscar Webb.

—Bueno, pues que me oigan. Rusos: ¡sois tontos!

—Parece que no te afecta demasiado lo de Terrell.

—No es seguro que haya muerto, ¿verdad?

Oscar parpadeó lentamente.

—No, no es seguro —admitió—. Bien, ¿qué tenemos para cenar en este turístico alojamiento?

—Carne de mono. Envasada, claro.

—Buena broma. Pero siempre será mejor que comer lo que tú cocines, supongo.

—¿Realmente tienes necesidad de ser antipático, Oscar Webb?

* * *

El teléfono sonó una hora más tarde, cuando la cena estaba preparada y los dos espías se disponían a sentarse a la mesita de la cocina, en la que Winifred había colocado una flor con agua en un vaso.

—Yo voy —dijo Oscar.

Desde la cocina. Winifred le estuvo oyendo hablar. Supo que quien llamaba era Celia Gardiner, y captó todo el sentido de la conversación, de modo que, cuando regresó Oscar, ya sabía lo que iba a decirle. Y como Oscar comprendió que ella ya lo sabía, no dijo nada. Comenzaron a cenar.

Winifred comentó:

—De modo que han encontrado el «Bondieu».

—Sí. He convenido con Celia que no haremos nada hasta mañana por la mañana. Sería una tontería sumergirse de noche.

—¿Te ha dicho a qué profundidad está?

—A unos ocho metros.

—¿Y han tardado días en encontrarlo? Las aguas de estos

lugares suelen ser claras.

—El barco está hundido entre unos bancos de arena que los navegantes con embarcación de cierto calado suelen evitar.

—Eso podría significar que el barco fue asaltado, capturado y luego llevado a esa zona y hundido.

—Sí, podría significar eso.

—Ha sido una suerte que lo hayan encontrado apenas llegar nosotros. Así no perdemos tiempo. Suerte y casualidad, claro. ¿Qué te ha dicho exactamente la señorita Gardiner?

—Que los hombres de Nio Korengo lo habían encontrado esta tarde, y que se lo han dicho en cuanto han podido comunicarse con ella. Y ella, claro está, se ha apresurado a informarnos. Pasarán a recogerme al amanecer.

—¿A ti solo?

—Te dejaré la moto, por si ocurriera algo.

—¿Alguna vez te he dicho cuantísimo me gusta el mar? —se mosqueó Winifred Amberly.

—Te quedarás aquí.

—Dime una cosa, mi amor: ¿quién ha comenzado a dirigir este asunto desde Washington? ¿Tú o yo?

—Tú. Pero no quiero que nadie sospeche tan siquiera tus auténticas posibilidades, de modo que te quedarás aquí, como una buena chica que, si bien es inteligente, no está demasiado bien preparada para acciones físicas. Por lo general, la gente suele eliminar en primer lugar a sus enemigos peligrosos.

—Y si yo parezco una pobre tonta no me molestarán. En cambio, al atlético y bien preparado señor Webb querrán eliminarlo cuanto antes.

—Sería interesante que lo intentaran... ¿Estás segura de que esto es carne de mono?

—Al menos, había pintado un mono en la etiqueta.

—Pues no está nada mal. Aunque debe ser de mona, que, como todas las hembras, tiene menos músculos, y por tanto, su carne resulta más tierna.

—Supongo que estás hablando de la especie humana —refunfuñó Winifred—, porque en lo que se refiere a las hembras del reino animal, tienen tanta musculatura y potencia como los machos.

—Chocante —dijo él.

—¿No lo crees? Ahí tienes a los leones... ¿Quiénes cazan, los leones o las leonas?

—Los leones, ¿no?

—¡No señor! ¡Las leonas!

—Caramba... ¿Y qué hace el león mientras tanto?

—Toma el sol y espera que lo llamen a la mesa.

—Por eso es el rey. Pero yo no soy rey. Y tú no eres una leona. De modo que tú te quedarás aquí y yo iré a ver ese barco. ¡No puedo creer que esto sea carne de mono! O de mona.

* * *

Todavía era de noche cuando llegó Onoto al bungalow conduciendo el automóvil negro. Oscar Webb, que ya estaba vestido y preparado para partir, se inclinó sobre Winifred Amberly, y la besó suavemente en los desnudos senos.

—Estaremos en contacto por la radio —dijo.

—No te oigo: estoy dormida.

Él la besó ahora en la boca, y luego susurró:

—No te descuides. Me entiendes, ¿verdad?

Salió del dormitorio. Poco después, Winifred oyó el rumor del automóvil alejándose. En cuestión de minutos, con la habitual rapidez tropical, amaneció. Un día esplendoroso de sol. Afuera cantaban algunos pájaros.

Winifred se levantó, metió dentro de su bolso de viaje una de las pistolas facilitadas por Celia Gardiner y se dirigió hacia la playa. Salvo el canto de los pájaros, todo estaba en silencio. No se veía Cité Mogambia desde allí. Ni la vio desde la playa, de arenas blancas y finas.

Durante quince o veinte minutos, la señorita Amberly estuvo nadando placenteramente en las tibias aguas transparentes. No lo parecía, pero miraba con frecuencia hacia el bungalow y playa arriba y playa abajo. Sabía perfectamente que a él no le hacía ninguna gracia dejarla sola como posible cebo, pero el juego del espionaje tiene muchas teclas para ser pulsadas, y aquella era una de las teclas.

Por fin, cubierta solamente con el sujetador y los pantaloncitos, que ahora se transparentaban completamente debido al agua, Winifred regresó al bungalow, cuya puerta había dejado abierta.

Se detuvo en seco, lanzando una exclamación, cuando entró en

la sala y vio a los tres hombres de raza negra sentados cómodamente en dos sillones y el sofá. Dos de ellos la apuntaron con sus pistolas. El tercero era más simpático. Sonrió.

—Buenos días, señorita —dijo en buen inglés—. Me llamo Dinko. ¿Y usted?

—Yo... ¿Qué hacen ustedes aquí? ¿No tienen derecho a...!

—Vamos, vamos, no perdamos el tiempo en tonterías. Celia Gardiner los trajo aquí, lo sabemos. Y sabemos también que usted y el hombre son agentes de la C.I.A., como el señor Terrell.

—¿Dónde está Terrell?

—Invitado en casa de unos amigos. Le gustaría hablar con él.

—Sí... Sí, me gustarla mucho.

—En ese caso, solo tiene que acompañarnos. Tenemos un automóvil cerca de aquí. ¿Ha disfrutado del baño?

Winifred se pasó la lengua por los labios.

—No iré con ustedes... —murmuró—. ¡No iré!

—¿Por qué no?

—¡Me están tendiendo una trampa!

Dinko la miró afablemente.

Para él, la señorita Winifred Amberly era la estampa inconfundible de una mujer asustada. Lo cual le pareció absolutamente lógico.

—¿Con qué objeto tenderíamos esa trampa? —preguntó.

—¡Para matarme!

—Para matarla no necesitamos llevarla antes a ningún sitio, señorita. Espero que entienda esto.

La señorita Amberly miró con expresión asustada las pistolas de los negros, apuntadas ostensiblemente a su pecho.

—Sí... Bueno, yo... preferiría... quedarme aquí.

—No puede ser, de veras. Mire, señorita, nosotros tenemos al señor Terrell y le hemos... presionado adecuadamente para que nos diga todo lo que nos interesaba saber. Ahora, queremos saber qué consignas han traído ustedes dos de Washington. De modo que va a venir con nosotros y charlaremos amigablemente. ¿Le parece bien?

—Podemos... charlar aquí.

—Aquí no parece usted muy dispuesta a hacerlo. Ni siquiera en una cosa tan sencilla como decirnos su nombre.

—Winifred... Winifred Amberly.

—Señorita Amberly —Dinko se puso en pie y se acercó a ella—. Encantado. ¿Nos vamos?

—Tengo... tengo que vestirme...

—Por supuesto. ¿Será tan amable de entregarme ese bolso?

—Oh, bueno, es que tengo en él cosas que no...

Dinko se lo arrebató de un manotazo, lo abrió y metió la mano dentro. La sacó sosteniendo la pistola con dos dedos. Ladeó la cabeza, y sus párpados se entornaron, como queriendo ocultar el destello de furia de sus ojos. De pronto, se acercó a Winifred, asió el sujetador por el centro, entre los dos pechos, y lo arrancó de un tirón, casi derribando a Winifred, que lanzó un grito de miedo. Volvió a gritar, ahora aterrada, cuando Dinko asió el borde de la braguita y la arrancó también de un violento tirón.

Así pues, la señorita Amberly quedó completamente desnuda. Durante unos segundos, los tres negros la estuvieron mirando con salvaje codicia en sus negros ojos, como si no pudieran creer que un cuerpo pudiera ser tan hermoso, tan turgente. Dinko murmuró algo en aquella jerga que la señorita Amberly no podía entender, y los dos sujetos guardaron sus armas y se acercaron a ella, mientras Dinko sacaba su pistola.

—¿Qué... qué...? —tartamudeó Winifred.

Los dos negros cayeron sobre ella. En un instante, la llevaron al suelo, manoseándola y besándola en todo el cuerpo, allá donde podían, mientras Winifred no cesaba de gritar y de intentar quitarse de encima a los dos hombres.

Sin embargo, su fuerza física debía ser notablemente inferior, ya que, muy pronto, entre ambos la tuvieron fuertemente sujeta y apretada contra el suelo. Entonces, los dos miraron a Dinko, que dijo:

—Como luego mis amigos quizá no recibirían permiso para divertirse con usted, lo van a hacer ahora. Tendrán que aceptarlo como una travesura. Espero que no la lastimen demasiado, señorita Amberly: al fin y al cabo, se trata solo de una violación.

—No... ¡No! ¡NOOOOO...!

Uno de los negros separó rudamente sus muslos y se instaló entre ellos con brutalidad. Dinko se acercó, se acuclilló junto a la cabeza de Winifred, y la asió por los cabellos con la mano libre, impidiéndole moverse. Winifred gritó cuando la búsqueda del negro

se hizo evidente, y volvió a gritar cuando apenas se inició el contacto. El negro masculló algo, y de nuevo mostró su rudeza, obligando a Winifred a gritar de nuevo, desorbitados los ojos.

Dinko dijo algo en su jerga, y añadió, en inglés:

—¿Se da cuenta? Usted quería engañarnos y disparar luego contra nosotros, así que tenemos derecho a ser desagradables con usted, señorita Amberly. ¿Lo ha entendido?

Winifred comenzó a sollozar. Dinko sonrió.

—Tranquilícese. Por esta vez, vamos a dejar las cosas así... pese a que a mis amigos les gustaría terminar. Y lo harán si vuelve usted a dárseles de lista o a poner inconvenientes, ¿Está esto claro para usted?

—Sí... ¡Si!

—Muy bien.

Dinko la soltó, y se incorporó, hablando de nuevo con sus amigos. El que estaba en la privilegiada posición sobre la señorita Amberly mostró un poco más su brutalidad, haciendo gritar de nuevo a la espía, pero, aunque de mala gana, se separó de ella y se puso en pie.

—Y ahora, señorita Amberly —dijo Dinko—, vístase y venga con nosotros. Por favor, no nos obligue a violarla, matarla y echarla al mar...

CAPÍTULO IV

OSCAR WEBB se zambulló en el mar, convenientemente equipado, justo encima del barco hundido. Con él se zambulleron Celia Gardiner y su amigo Onoto, asimismo equipados con tubos de aire, arpones, lentes y pies de rana. En la superficie quedó la lancha en la que habían llegado hasta los bancos arenosos de desigual profundidad, en una de cuyas máximas cotas estaba el «Bondieu». Cuatro hombres del servicio secreto que dirigía el desaparecido Nio Korengo quedaron en la lancha, a la expectativa.

La visibilidad bajo las aguas transparentes era perfecta. La parte del barco que había quedado más cerca de la superficie se hallaba a unos ocho o diez metros de esta. Desde ahí hacia abajo se veía la mole del «Bondieu», cuyo nombre vio pronto Oscar Webb. El barco estaba de costado, en un ángulo de unos cincuenta grados sobre su posición estable.

El objetivo básico de la inmersión era asegurarse de que la carga de cianuro había sido robada, y, complementariamente, buscar cadáveres en el barco, aunque respecto a esto último todos se resistían a creer que once o doce hombres hubieran sido asesinados.

Y, sin embargo, lo primero que encontraron fue el cadáver de un marinero, atrapado en una rotura de la cabina. Había una espantosa desesperación en el rostro hinchado del hombre, en los ojos abiertos. Oscar Webb volvió la cabeza para mirar a Celia Gardiner, y pudo ver sus ojos desorbitados tras el cristal de la lente. Fue en ese momento cuando Oscar Webb decidió no buscar más cadáveres en el interior del barco mientras la muchacha estuviera junto a él.

Hizo señas a Celia y a Onoto, y nadaron hacia popa, hacia la

boca abierta de la zona de carga, que, naturalmente, había sido inundada. Haciendo señas a los dos negros de que esperasen allí, Oscar encendió la linterna acuática, y se metió en la zona de carga.

Inmediatamente, vio a tres hombres más, amarrados a unos grandes fardos. Se acercó a ellos, y no pudo ver herida alguna en sus cuerpos. Es decir, que habían sido amarrados allí, y se habían hundido estando vivos...

Oscar desvió la luz de los cadáveres, en dirección a la carga. Durante la navegación, sin duda, la carga había estado convenientemente estibada, pero ahora, al estar el barco escorado se había desplazado hacia el lado que quedaba cerca del fondo, arrancada de sus compartimentos, formando montones desordenados. Esto solo podía significar que cuando el barco fue hundido ya los bidones de cianuro habían sido descargados... a menos que quien dirigiera la operación no tuviera ni idea de las dificultades que podían encontrar si primero hundían el barco para luego ir sacando a flote los bidones. De todos modos, lo cierto era que no parecía que hubieran bidones de cianuro en parte alguna.

Y, de pronto, los vio. Nadó rápidamente hacia allí, y dirigió la luz hacia el bidón que había visto, sepultado parcialmente bajo un fardo de tejidos. Consiguió apartar el fardo, y el bidón, lentamente, ascendió, hasta quedar en un ángulo del techo. Había cinco o seis bidones más bajo los fardos. Eran fácilmente recuperables, solo había que mover los fardos para liberarlos, pero Oscar Webb decidió que, de momento, el cianuro estaba bien allí. Siguió buscando más bidones, y encontró otra media docena. Ahora que los conocía, distinguía bien la inscripción blanca sobre el fondo oscuro del envase metálico.

En total, localizó unos doce bidones, lo que traduciendo a litros los galones, daba un total de unos quinientos litros. Quinientos entre diez mil. Es decir, que Dickson Marambua disponía de nueve mil quinientos litros de cianuro. Más que suficiente para provocar un desastre horrendo en Mogambia. Y posteriormente en el mar...

Sobre esto estaba reflexionando Oscar Webb, solo en la zona de carga, cuando comenzó a percibir el zumbido de un motor. ¿Qué podía ocurrir? ¿Por qué los hombres de Nio Korengo habían puesto la lancha en marcha? Era absurdo... a menos que Celia y Onoto hubieran regresado a la superficie y se dispusieran a dejarlo allí

solo. Esto también era absurdo.

Oscar salió rápidamente del barco. Enseguida vio a Celia Gardiner y a Onoto, ambos haciéndole señas hacia arriba. El zumbido del motor era ahora mucho más audible, sonaba mucho más cerca... pero no provenía de la lancha que tenían justo encima de ellos.

Y de pronto, también esta lancha se puso en marcha. Las aguas se agitaron al girar la hélice, y la embarcación se desplazó rápidamente, alejándose de Oscar, Celia y Onoto.

Oscar Webb hizo señas a los dos negros para que permanecieran donde estaban, y él regresó cautamente a la superficie, sin olvidar la descompresión, que no representaba graves problemas debido a la escasa profundidad en que había permanecido apenas diez minutos.

Cuando apareció en la superficie, vio las dos lanchas.

Dos, no una.

La que los había transportado a ellos era más pequeña, y no tan veloz como la otra, casi el doble de grande, mucho más poderosa. La primera navegaba hacia la costa, distante unas diez millas, quizá quince. La otra, describiendo un amplio arco, se disponía a cortarle el paso. Hubo un momento en que pareció que ambas embarcaciones iban a chocar, pero la grande efectuó una maniobra esquivando a la pequeña, y, al mismo tiempo, por encima de las quietas aguas le llegó a Oscar el tableteo de una ametralladora.

La lancha pequeña explotó.

Saltó en mil pedazos, se convirtió en una bola de fuego y, enseguida, de negro humo. Como en un filme extraordinario,

Oscar vio los cuerpos de dos de los negros del servicio secreto de Mogambia despedidos por el aire como muñecos. Todavía se produjo otra explosión, y los restos de la lancha se desmenuzaron, convirtiéndose en una lluvia de astillas de madera, de plástico, de fibra de vidrio...

La lancha grande terminó de describir el arco, y emprendió veloz regreso hacia la posición del hundido «Bondieu». Oscar se colocó de nuevo rápidamente la boquilla, y se sumergió. La perspectiva de convertirse en blanco de una ametralladora no era precisamente deliciosa.

Abajo, a unos seis metros, Celia y Onoto esperaban. Vio sus ojos

asustados e interrogantes tras el cristal, y por señas, les pidió las pistolas de aire comprimido con los pequeños arpones que cada uno llevaba a la cintura, como previsión a la admisible aparición de algún tiburón. Ya en posesión de tres pistolas con los correspondientes arpones, Oscar señaló hacia el negro rectángulo de la zona de carga, y los tres nadaron hacia allí.

En el momento en que desaparecían en la oscuridad, por supuesto sin encender ninguna linterna, la lancha grande se detenía encima del «Bondieu». Oscar miró con preocupación las inevitables burbujas de aire que los tubos de los tres ocasionaban, y que, por supuesto, aparecerían en la superficie. La única y relativa ventaja que podían tener era que los de la lancha grande, al verlas aparecer juntas, no supieran cuántas personas había bajo el agua. Pero sabían que había alguien, desde luego.

Oyeron el chapoteo de algo al caer al agua. Luego, otro. Y enseguida, dos más.

Cuatro. Cuatro buceadores.

Siempre con gestos, Oscar indicó a Celia y a Onoto que se colocaran hacia el fondo de la zona de carga, y él se colocó cerca de la entrada.

A los pocos segundos apareció el primer negro, atlético, agigantado por el efecto óptico del agua, armado con fusil de largo arpón. Oscar lo dejó pasar, invisible en la zona oscura. Muy pronto apareció el segundo, igualmente armado.

Oscar apuntó a este con una de las pistolas, y disparó. Se oyó el chasquido del aire comprimido, y el arpón salió, corto y reluciente, hacia el hombre, que se retorció cuando la aguda punta se hundió en su garganta.

Oscar se volvió entonces hacia el negro que había entrado en primer lugar, y disparó con la segunda pistola. El negro se había vuelto, y estaba a menos de cinco metros. El arpón se hundió en el centro de su pecho, y el hombre agitó los brazos, soltó su fusil, escupió fuertemente la boquilla, y comenzó a hundirse lentamente, dejando por encima suyo como un humo rojo que parecía negro. Oscar dejó caer las dos pistolas ya utilizadas, y empuñó la tercera, volviéndose de nuevo hacia la abertura. El negro que tenía clavado el arpón en la garganta también se iba hundiendo lentamente, mientras por un lado aparecían los otros dos, preparados sus fusiles,

más grandes y más potentes que el único del que disponía ahora Oscar Webb.

Se oyó un chasquido, casi enseguida el otro, y los dos grandes arpones partieron buscando el cuerpo de Oscar, creando un rumor como de hierro al rojo sumergido en agua de pronto... El primer arpón, adelantado un par de metros con respecto al segundo, pasó no menos de tres palmos a la derecha del cuerpo de Oscar. El segundo pasó rozando su costado, llevándose una tira de piel.

Oscar disparó entonces su tercer y último arpón.

Seis metros más allá, uno de los negros perdió el control y soltó la boquilla cuando el arpón se hundió en su muslo derecho profundamente. El negro recuperó la boquilla, se la puso, y emprendió la ascensión hacia la superficie, dejando un rastro ahora claramente rojo tras él. Mientras tanto, el otro negro estaba colocando otro arpón en su fusil. Cuando terminó, miró hacia Oscar, pero no lo vio.

Desconcertado, terminó de entrar en la zona de carga, buscando a su enemigo desarmado. Se oía el suave borboteo de las burbujas buscando la superficie, y fue por eso que el negro localizó por fin a Oscar.

Habría hecho mejor subiendo en pos de su compañero, porque Oscar había recuperado el fusil del negro muerto de un arponazo en el pecho, y lo estaba apuntando en el momento en que su tercer adversario lo veía. El negro se sobresaltó, y movió el fusil lo más rápidamente que pudo... pero Oscar ya estaba disparando.

Fue horroroso.

El arpón se hundió en la cabeza del hombre penetrando por un lado de la boca, arrancando la boquilla, y debido al impacto, haciendo saltar los lentes. El hombre soltó su fusil, se llevó las manos al arpón y dio un tirón. Y nada más. Se relajó de pronto, y comenzó a hundirse, lenta, muy lentamente.

Impresionado o no, Oscar Webb sabía que aquellos hombres habían asesinado a los de Nio Korengo minutos antes y sabía que, si les daba oportunidad, volverían a por él bajo el agua, o bien, lo que les resultaría más práctico, le esperarían arriba. Él tendría que subir, eso era inevitable, en cuanto se terminase el aire del tubo. Y si lo hacía entonces, todo estaría en su contra.

Así que, sin vacilar, nadó hacia el último adversario muerto, se

apoderó de su fusil, le quitó el arpón que le quedaba y nadó rápidamente hacia la superficie.

Le faltaban tres metros para alcanzarla cuando la lancha se puso en marcha. Oscar se imaginó la escena: el negro con el arpón clavado en un muslo ayudado a subir a cubierta por uno o varios compañeros, y jadeando que abajo todo les había ido mal. Así pues, en efecto, los otros habían decidido alejarse de la zona peligrosa y seguramente esperar a que él apareciera en la superficie, cuando se le terminase el aire.

Oscar no esperó. Tal como había pensado, llegó a la superficie, y vio la lancha alejándose.

Pero, ciertamente, no era por miedo a él. En la distancia, vio la silueta de la lancha guardacostas, y comenzó a oír su sirena, como rebotando sobre la superficie. Los restos de la otra lancha todavía humeaban en la superficie.

* * *

El lugar del que procedía el humo que la señorita Amberly había visto poco antes era un poblado, al que finalmente llegaron terminando de recorrer un camino de tierra en pésimo estado. El humo salía de dos de las chozas que formaban el poblado, con un total de doce o catorce.

Un perro famélico corría junto al coche ladrando furiosamente. Ante la puerta de alguna de las chozas se veían algunas mujeres y niños, estos desnudos, aquellas poco menos, con los pechos desnudos y lacios. Algunos negros, en taparrabos, pero armados con modernos rifles, acudían hacia el coche, que finalmente se detuvo ante una de las chozas de las que salía humo.

Para entonces, la señorita Winifred Amberly estaba pálida como un cadáver, mirando sobrecogida el espectáculo que se ofrecía en el centro del poblado: en dos troncos clavados en el suelo había dos hombres amarrados, uno de raza negra, el otro blanco. Los dos colgaban flojamente de sus ligaduras, caídas las cabezas sobre los pechos, cubiertos de sangre de pies a cabeza...

—Vamos, salga.

Muy despacio, Winifred miró a Dinko, sentado junto a ella observándola con cierta irritación. Evidentemente, ya le había dado antes la misma orden, pero Winifred no la había oído. Y ahora, mientras miraba a Dinko, tampoco parecía haber oído, o al menos,

entendido. Por un instante, Dinko vio en los ojos de la espía americana un destello que lo sobresaltó, pero Winifred bajó rápidamente la mirada y salió del coche. Dinko encogió los hombros; debía haber visto mal los ojos de la mujer, claro. Se apeó tras ella, y la tomó de un brazo, llevándola hacia la choza, cuya puerta consistía en una cortina de tela de saco. Tras ellos, pistola en mano, iban los otros dos negros.

Entraron los tres en la choza, llevando por delante a Winifred. Los nativos armados y casi desnudos quedaron fuera.

Dentro de la choza estaba Dickson Marambua, y Winifred lo reconoció en el acto. Era gigantesco, hercúleo, tenía una cabeza grande y sólida, como un peñasco. Todo en él era grande. Las facciones eran rudas, los ojos saltones, negrísimos. La boca se movía masticando algo. Estaba sentado ante una caja de madera en la que se veía comida.

No miró a Winifred. Ni a los tres hombres. Estuvo masticando hasta tragar, y entonces habló en su jerga. Winifred solo entendió, en la respuesta de Dinko, el nombre de Winifred Amberly y la mención de la C.I.A. Dickson Marambua estuvo comiendo un minuto más, haciendo mucho ruido. Luego se puso en pie, recogió su guerrera y se la puso, ocultando su atlético torso. Winifred se fijó en los galones de sargento. Bueno, al menos Marambua no se había nombrado a sí mismo mariscal, o algo así.

—Usted —dijo de pronto Marambua mirándola—, es una espía. De modo que voy a hacerla fusilar.

—Yo soy una espía, es cierto —murmuró Winifred—, pero usted es un traidor, sargento Marambua.

—¿De modo que me conoce?

—Ya ve que sí.

—Bien. Podemos hablar un poco antes del fusilamiento. Y si lo que dice usted me satisface, es posible que no la fusilemos. ¿Ha visto a esos dos hombres ahí fuera?

—Sí.

—Son Nio Korengo y Duncan Terrell. Usted sabe quién es Duncan Terrell, claro.

—Sí.

—¿Sabe por qué han muerto?

—Porque usted es un asesino.

Dickson Marambua se quedó mirándola con hostilidad. Se pasó una mano por sus rizados cabellos, que parecían alambres, y miró alrededor. Localizó la gorra de plato, se la puso y salió de la choza, murmurando algo. Dinko señaló hacia la cortina de tela de saco.

—Salga.

Winifred evitó mirar hacia los dos postes clavados en el centro del poblado, y siguió a Marambua hacia otra choza, entrando tras él. Enseguida vio a los cuatro hombres de raza blanca, atados de pies y manos a una estaca sujeta a su espalda. Los cuatro estaban tendidos en el suelo, como simples piezas cobradas en una cacería. En sus rostros se veían las huellas de numerosos golpes, y también en sus cuerpos, por entre las destrozadas ropas.

Marambua los señaló.

—Al igual que usted y que Terrell, estos hombres son de la C.I.A. Como no tenían nada interesante que decirme, el interrogatorio duró poco. En realidad, los capturé más que nada para asegurarme de que las actividades de la C.I.A. cesaban en Mogambia... al menos durante un tiempo. ¿Sabe cómo pude capturarlos?

Winifred no contestó. Marambua la miró divertido.

—Pude capturarlos porque Terrell me dijo dónde los podía encontrar, agazapados a la espera de la llegada de usted, y de su compañero. Es decir, Terrell no sabía exactamente quién o quiénes iban a venir, pero sí que le iba a llegar una gran ayuda. Al principio, se resistió mucho a hablar, pero pronto tuvo que comprender que era absurdo, y dijo todo lo que sabía. Poca cosa, desde luego. Usted quizá sepa más cosas que él.

—¿Sobre qué?

—Sobre los proyectos que la C.I.A., o mejor dicho los Estados Unidos han elaborado respecto a Mogambia y la... peculiar situación del país en estos momentos. Ni Terrell ni su colega Korengo los conocían. ¿Los conoce usted?

—Sí.

—Ah, perfecto. ¿Quiere decírmelos?

—Simplemente, tenemos que recuperar los diez mil litros de cianuro y eliminarle a usted.

—¿Qué fuerzas intervendrán en esa operación? —sonrió el hercúleo negro.

—¿Fuerzas? No comprendo.

—Me refiero a cuántos soldados, o comandos, o tropas especializadas... Todo eso. ¿Cuántas hombres y con qué armamento?

—Se está usted dando demasiada importancia —dijo fríamente Winifred—. La C.I.A. solamente nos ha enviado a mi compañero y a mí, sargento.

—¿Quiere decir que detrás de ustedes no va venir nadie más?

—Nadie más.

Dickson Marambua parecía estupefacto. De pronto, se echó a reír.

—¡De modo que soy poca cosa para ustedes, y envían a un solo hombre con una mujer! Y eso, seguramente, convencidos de que los dos conseguirán recuperar el cianuro y maniatarme. Vamos, señorita Amberly, vamos... ¿debo creerme eso?

—Ya se lo he dicho.

—¿Cómo se llama su compañero?

—Oscar Webb.

—Bien. De momento puedo decirle que el señor Webb ha demostrado ser bastante más... peligroso que usted. Hace unos minutos recibí una información por radio sobre él.

—Apostaría a que Oscar ya le ha dado a usted un disgusto.

—Sí, tengo que admitirlo. Muy relativo, sin embargo: ha matado a tres de mis hombres de confianza y ha impedido que recogiesen los últimos bidones de cianuro que quedaban en el «Bondieu». Eso no me preocupa, pues tengo el resto de la carga; puedo prescindir perfectamente de diez o quince bidones, y mis planes no se alterarán por eso.

—¿Sus planes? Su engreimiento es absurdo, sargento: no son sus planes, sino los planes de alguien que lo está dirigiendo a usted. Y yo sé quién es ese alguien.

—Maldita sea —masculló Marambua, dirigiendo una colérica mirada brevísima a Dinko y los otros dos—. ¿Acaso estos imbéciles le han hablado de Donombo?

Winifred apretó los labios. Dinko empezó a hablar rápidamente, con claro tono de protesta. Marambua frunció el ceño y miró de nuevo a la espía americana, cada vez visiblemente más irritado.

—Es usted muy astuta, ¿verdad? —gruñó—. Me ha sonsacado fácilmente ese nombre.

—No ha sido astucia. Simplemente, yo me refería a los rusos. Creía que eran ellos los que están detrás de usted.

Mientras hablaba, Winifred miraba con suma atención los ojos de Dickson Marambua, que ahora mostraban destellos de risa.

—Los rusos, ¿eh? Bueno, ustedes los americanos siempre creen que todos sus contratiempos provienen de los rusos.

—¿Y no es así?

Dickson Marambua mostró unos hermosos y blancos dientes en amplia sonrisa.

—Como le decía, su compañero Webb me ha ocasionado un pequeño trastorno, pero no volverá a molestarme. De momento, gracias a la llegada de una lancha guardacostas de la Marina, se ha salvado, y lo mismo la señorita Gardiner y ese cerdo de Onoto. Pero no crea que tengo prisa por eliminar a la señorita Gardiner. Ah, no. A ella le tengo reservado un... destino muy interesante. Hace años que pienso en ello. ¡Es tan hermosa...! ¿No le parece hermosa?

—Sí, lo es. Así que la quiere para usted, ¿no?

—En efecto.

—Supongo que eso será parte del pago que recibirá por su ayuda al señor Donombo.

—Es usted demasiado lista —susurró Marambua.

—Y usted es un ingenuo. Si realmente desean que ese Donombo ocupe la presidencia de Mogambia, tóménla por las armas. ¿A qué viene eso de convocar elecciones? ¿Tan seguros están que Donombo las había de ganar?

—Señorita Amberly: ¿acaso no sabe usted que la popularidad de Abel Gardiner es cada día menor? A cada instante, los mogambianos quieren menos a su presidente, así que aprovecharían de muy buena gana la oportunidad de prescindir de él.

—Ya sé eso. Pero no porque prescindan del señor Gardiner van a votar a Donombo. ¿O sí?

—Bien mirado —movió la cabeza Marambua—, no es usted tan lista, después de todo. Pero al menos, es bonita. Estoy seguro de que mis compañeros sabrán apreciar eso, así que... le deseo unos momentos felices antes de ser fusilada. Ha sido un placer conocerla. Y gracias por su interesante información.

Dickson Marambua salió de la choza, seguido de sus hombres, uno de los cuales, que llevaba el bolso de Winifred, lo tiró a los pies

de esta, sonriendo y diciendo:

—Guapa ponte mucho para nosotros. Volvemos pronto.

La señorita Amberly se quedó mirando incrédulamente el bolso, caído a sus pies. Por supuesto, la pistola se la había quedado Dinko, pero estaba segura de que no había retirado nada más del bolso. Miró a los cuatro prisioneros, y volvió a mirar al bolso. De pronto, se acuclilló, lo abrió, y buscó el paquete de cigarrillos que contenía la radio camuflada.

Estaba allí.

CAPÍTULO V

NO podía creerlo. Se quedó mirando con desconfianza el paquete de cigarrillos, mientras aguzaba el oído. Afuera no se oía nada. Volvió a mirar a sus cuatro compañeros de la C.I.A., los cuales, a su vez, la contemplaban en silencio, tensos y esperanzados.

La señorita Amberly se puso en pie, se acercó a la puerta, y apartó un poco la cortina hecha con sacos. En el límite del poblado vio un «jeep», oculto hasta entonces. Marambua y dos de los negros armados subían al vehículo. Dinko, los otros dos, y algunos negros más, miraban a Marambua, que puso el «jeep» en marcha y se alejó por el mal camino, hacia el interior de la selva. Dinko dio media vuelta, y emprendió el regreso hacia la choza.

Winifred se abalanzó hacia el bolso, sacó el paquete de cigarrillos, y efectuó la llamada con la pequeña radio. Casi al instante sonó la voz de Oscar Webb:

—¿Si?

—Oscar, soy Winifred. No sé si podré salir de esta situación, estoy en un poblado selva adentro. Si no puedo volver a comunicarme contigo, localiza a un tal Donombo: es el hombre que está dirigiendo a Marambua.

—Bien. ¿Puedes decirme dónde estás exactamente?

—No lo sé. Es un pob... Adiós, Oscar.

Cerró el contacto, dejó el paquete de cigarrillos, y se incorporó rápidamente. La cortina fue apartada, y Dinko y los otros dos entraron. Dinko la miró, miró el bolso a sus pies, la volvió a mirar... Se acercó, recogió el bolso, y lo abrió. Comenzó a sacar cosas, tirándolas a un lado. Cuando tuvo en la mano el paquete de

cigarrillos, se quedó mirándolo. De pronto, sonrió y se lo guardó en un bolsillo, diciendo:

—Me gustan los cigarrillos americanos.

Vació completamente el bolso, sin que nada le llamara especialmente la atención, pero todavía volvió a mirar con desconfianza a la señorita Amberly. Esta sabía ya que solo le quedaba una esperanza: prolongar su vida hasta que Oscar Webb la encontrase. Pero pronto comprendió que la cosa no iba a ser factible, al escuchar las palabras de Dinko:

—Antes la dejamos vestirse. Ahora, desnúdese. Nos gusta más desnuda. Mucho más... —se echó a reír—. La vamos a usar los tres delante de sus compañeros, antes de fusilarlos a todos. ¡Desnúdese!

Winifred Amberly se llevó las manos a la blusa y comenzó a desabotonarla. Se quitó la blusa, y luego el sujetador. Dinko fue el primero en guardar su pistola, y los otros dos lo imitaron rápidamente, y se acercaron los tres. Dinko abriéndose el pantalón, y mostrando enseguida su virilidad excitada.

—Voy a gozarte mucho, mucho, mucho —farfulló.

Baja la cabeza, la señorita Amberly miraba los enormes genitales del negro. De pronto, alzó la pierna derecha, y la punta del zapato se hundió con terrible fuerza en los testículos de Dinko, que aspiró aire como ahogándose, desorbitó los ojos y cayó hacia delante, encogido, con las manos en el lugar golpeado.

El que estaba a su derecha respingó, mientras el otro lanzaba una exclamación. Winifred atendió en primer lugar a este último, pues fue el que enseguida llevó la mano en busca de la pistola. Frente a él, la señorita Amberly giró como una peonza, desplazándose hacia el negro tan rápidamente que este no tuvo tiempo de nada: Winifred llegó ante él con toda la fuerza del impulso del giro, y su codo derecho, apoyado por ese impulso, impactó en la garganta del hombre, que cayó hacia atrás, como un muñeco, muerto en el acto. El otro terminó de sacar la pistola, comenzó a apuntar a Winifred, y esta llegó ante él, asió su muñeca derecha con la mano izquierda, y al tiempo que la apartaba, apoyaba su mano derecha en la cara del negro... Giró, tiró con fuerza de su mano izquierda, empujó con la derecha la cara del negro, y flexionó las piernas...

En el momento en que se producía el disparo, que fue a dar a la

pared de la circular choza, la señorita Amberly terminaba de ejecutar el impresionante *tai otoshi* de judo; el hombre pareció arrancado del suelo, dio la vuelta en el aire guiado por las manos de la espía americana, y cayó ante esta de espaldas, en un batacazo escalofriante que casi le partió la espalda. El hombre lanzó un aullido, soltó la pistola y quedó inmóvil, con los ojos contemplando el techo con expresión aterrorizada.

Winifred recogió la pistola, giró hacia la cortina y disparó, sin más, justo en el momento en que la cortina era apartada y aparecía el rostro de un nativo... un rostro que se tiñó de sangre y que desapareció en el acto. La cortina ocupó de nuevo su posición, pero la señorita Amberly no se detuvo por eso. Disparó tres veces más. Las balas agitaron la cortina, afuera se oyó un grito de dolor, luego exclamaciones, carreras de pies...

—¡Cuidado! —gritó uno de los prisioneros.

Winifred se volvió, vio a Dinko tendido de costado, comenzando a sacar la pistola... Disparó. La bala se hundió en el pecho del negro, y perforó el corazón. Uno de los prisioneros comenzó a toser, debido al humo de la pólvora. Afuera se oían gritos. Winifred se apoderó de la pistola de Dinko, y de la del otro negro muerto, y acto seguido se arrodilló junto a uno de los prisioneros y comenzó a soltar las ligaduras, mirando constantemente hacia la puerta.

La cortina fue agitada por varias balas, mientras afuera se oían los estampidos de los rifles. La choza comenzó a estremecerse... El primer prisionero dio un tirón y terminó de soltar sus manos.

—Vigile la puerta... —jadeó—. ¡Yo soltaré a los demás!

—No —dijo ella—. No van a entrar. Querrán matarnos sin arriesgar nada, a balazos o incendiando la choza. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

En efecto, las balas atravesaban las paredes de paja de la choza, pero de momento iban demasiado altas. Hasta que alguno de los negros recordó que los prisioneros estaban tendidos en el suelo, y comenzaron a disparar bajo. La paja saltaba en surtidores brillantes. Uno de los espías, recién liberado, gritó y cayó de bruces. Winifred le miró, pálida, pero terminó de desatar al último.

Justo en ese momento el techo de la choza comenzó a arder.

Winifred señaló al espía caído de bruces.

—Recójalo entre dos: vamos a salir por la pared.

Entregó una de las pistolas al cuarto agente, y los dos corrieron hacia el fondo de la choza, que destrozaron a puntapiés. Arriba, crepitaba el fuego. Afuera se oyeron gritos, y dos negros aparecieron por detrás de la choza en el momento en que Winifred y el hombre de la C.I.A. salían, llenos de briznas de paja.

Winifred abatió a uno de los negros, y el agente de la C.I.A. lo hizo con el otro, rápidamente. Rodearon cada uno por un lado la ardiente choza, de la que salían los otros dos agentes arrastrando al herido. Un negro, rifle en mano, se quedó mirándolos como atontado. El hombre de la C.I.A. le apuntó, y disparó. El negro saltó violentamente hacia atrás, y quedó inmóvil. El hombre de la C.I.A. apuntó a los restantes negros, que corrían hacia la selva, seguidos por las mujeres y los niños...

—¡No! —gritó Winifred—. ¡No dispare, déjelos marchar!

Pareció que el hombre no fuera a hacerle caso, pero bajó el arma, y eso fue todo. Winifred corrió hacia la choza, entró, y se arrodilló junto a Dinko, mientras pequeñas antorchas de paja comenzaban a caer desde el techo. En el momento en que Winifred recuperaba la radio y corría hacia la salida, se abrió un enorme boquete en el techo, y un montón de paja ardiendo se desplomó. Un par de segundos más y habría caído sobre la cabeza de la señorita Amberly, que apareció arrastrando la cortina consigo, arrancándola. Se desprendió de ella sin dejar de correr, y solo se detuvo cuando dejó de sentir en su espalda el calor del fuego.

Cuando la choza se desplomó completamente, no quedaba ni uno solo de los habitantes del poblado a la vista. Winifred se acercó al herido, se acuclilló junto a él, y miró su rostro lívido bajo las costras de sangre.

—Disponemos del coche —murmuró uno de los espías—. Convendría que lo llevásemos enseguida a Cité Mogambia.

—No. No lo muevan, o morirá. Haremos venir un médico a este lugar. Con un helicóptero, desde luego —recurrió a la pequeña radio—. ¿Oscar?

—¿Estás bien? —sonó tensa la voz de él.

—Sí. Tienes que conseguir inmediatamente un médico y traerlo aquí en helicóptero. Tiene que ser bastante grande, o en caso contrario, dos helicópteros. Estamos esperando cuatro en buenas condiciones, un herido, y dos muertos.

—¿Terrell?

—Sí... —musitó Winifred—. Y Nio Korengo.

—Mala suerte.

—Nos localizaréis por el humo. Vamos a ir incendiando chozas de un poblado de fanáticos de Marambua.

—Está bien. Tranquilízate.

—Estoy tranquila —murmuró la señorita Amberly, mirando hacia el centro del poblado.

* * *

—Espero que los dos estén bien —murmuró Abel Gardiner.

Acababa de estrecharles la mano, tras serles presentados los dos espías en una de las salitas de la Casa Presidencial, a la que finalmente habían sido llevados por Celia, que había hecho las presentaciones.

—Los dos estamos bien —dijo Oscar—, pero ya debe saber usted que Terrell y Korengo han muerto.

—Sí —bajó la cabeza Gardiner—, naturalmente. Lo siento. Pero no todas las noticias son malas, señor Webb. Nuestro contacto con su embajada se ha realizado satisfactoriamente, y puedo decirle que sus compañeros, como ustedes desean, serán enviados cuanto antes de regreso a Estados Unidos. El herido tendrá que permanecer un par de semanas en la clínica donde lo hemos instalado. Hasta entonces, será atendido en todo momento del mejor modo posible.

—¿Es seguro que está fuera de peligro? —preguntó Winifred.

—Por completo. Por favor, siéntense. Oh, señor Webb, espero que su herida...

—No tiene importancia —se tocó Oscar un costado—. Su médico me vendó bien, no hay problemas.

—Lo celebro. ¿Desean tomar algo? Siento no haber podido venir hasta ahora, pero he tenido que hacer muchas cosas, y acordar esta cita con Timbo y Emerson. No creo que tarden demasiado. Celia, cariño, ¿quieres servirles un whisky a nuestros amigos?

—Con mucho gusto —sonrió la muchacha.

Se dirigió hacia el pequeño mueble-bar, observada críticamente por la señorita Amberly. Eran casi las seis de la tarde, y el sol afuera era cegador. Desde las ventanas de aquella salita de la Casa Estatal se veían los jardines y algunos hombres de la guardia ocupando sus puestos. Más allá, Cité Mogambia, cegadoramente blanca al sol.

—No sé si es acertado que nosotros estemos aquí, señor presidente —dijo Oscar Webb.

—Tal como están las cosas, casi no me atrevo a salir de la Casa —dijo Abel Kombato Gardiner—. Cada día es mayor el descontento contra mí, señor Webb. En cuanto a ustedes, ciertamente, no pueden volver al bungalow, así que de momento será un placer para mí tenerlos como invitados.

Winifred había dejado de mirar a Celia para mirar al padre de esta. Abel Gardiner era un hombre alto y hermoso, de cabellos entrecanos no demasiado rizados, y rasgos suavizados por la mezcla de sangre británica. Era muy correcto y, sin duda, muy inteligente. Vestía sobriamente a la europea, y, a sus cincuenta años, resultaba más que interesante. En resumen, Abel K. Gardiner tenía toda una serie de cualidades físicas e intelectuales que podían convertirlo en un líder nato. Sin embargo, su popularidad estaba en deterioro constante y acelerado.

—Es extraño que un hombre como usted no sea querido por su pueblo, señor presidente —dijo Winifred.

—Pero ahora podemos comprenderlo, ¿no? —la miró vivamente Gardiner—. Evidentemente, alguien se ha estado ocupando en conseguir eso. Y, por lo que tengo entendido, no puede ser otro que Nubo Donombo. Debe llevar tiempo dedicado a esa actividad, y finalmente ha recurrido al sargento Marambua para el golpe final. Está claro que es él quien está dirigiendo a Marambua para conseguir esas elecciones extraordinarias. ¡Pero cuando el pueblo sepa...!

—Cálmese, señor presidente —murmuró Oscar—. Hablemos primero de ese Nubo Donombo. ¿En qué puede basarse el señor Donombo para estar tan seguro de que en esas elecciones extraordinarias él sería el elegido?

—Eso habría que verse —gruñó Gardiner.

—Mire usted, si el señor Donombo no tuviera la absoluta certeza de que habría de resultar elegido, no habría recurrido a este extraño procedimiento para conseguir la presidencia de Mogambia. Lo lógico y normal habría sido que, apoyándose en el sargento Marambua como jefe de sus fuerzas revolucionarias hubiera ocupado la Casa Estatal por medio de las armas. Y eso sí era seguro.

—No sé... Quizá Nubo Donombo no desea que pueda decirse de

él que alcanzó la presidencia por medio de una rebelión, sino que fue elegido por el pueblo.

—Sí, eso tiene sentido —admitió Oscar—, pero... ¿cómo puede estar seguro el señor Donombo de que sería elegido?

—No lo sé —alzó las cejas Gardiner—. Francamente, no lo sé. Ni se me ocurre nada al respecto.

—Veamos... ¿Quién o qué es el señor Nubo Donombo? —preguntó Winifred.

Abel K. Gardiner frunció el ceño. Celia tendió un vaso a Oscar, y otro a Winifred. Ni ella ni su padre parecían tener deseos de beber. Winifred olisqueó con gran disimulo el whisky y bebió un sorbito. Ni siquiera Oscar se dio cuenta de su gesto.

—Bueno —murmuró Gardiner—. Nubo Donombo es uno de los hombres más ricos de Mogambia, señorita Amberly. Tiene mucha gente trabajando para él y es... muy popular. Se dice de él que es un patrono honrado y afectuoso.

—¿Y es cierto? ¿Lo es?

—Según mis referencias, no es una mala persona, desde luego.

—¿Le parece a usted que no es mala una persona que está dispuesta a verter diez mil litros de cianuro en los depósitos de agua potable de Mogambia? —se sorprendió Winifred.

—Bueno... A decir verdad, no creo que nadie se atreva a hacer eso. Una cosa es amenazar, y otra cosa es cumplir esa amenaza.

—Yo he estado solo unos pocos minutos en el sargento Dickson Marambua —dijo Winifred—, y creo que ese hombre sería capaz de hacer eso.

—Pues yo me resisto a admitirlo. ¡Sería una canallada tan monstruosa!

—¿Permitiría usted que eso ocurriera? —preguntó Oscar—. ¿O aceptaría convocar esas elecciones extraordinarias?

—Si convoco las elecciones, puedo despedirme de la presidencia —susurró Gardiner—, pero ciertamente, lo haría antes que permitir que ese chiflado de Marambua asesinase a miles de personas. No obstante, yo esperaba que la C.I.A. me... resolviese el problema.

—Y se lo hemos resuelto —dijo Winifred.

Se quedaron mirándola asombrados. Celia Gardiner alzó por fin las cejas.

—¿Resuelto? —expresó su desconcierto—. Yo no lo veo así,

señorita Amberly.

—Lo que Winifred quiere decir —explicó Oscar— es que ahora que ya sabemos que Nubo Donombo está detrás de esto, podemos arruinar fácilmente sus planes: si explicamos al pueblo de Mogambia, por la radio y los diarios, que Nubo Donombo es el instigador del asunto del cianuro, podemos dar por seguro que jamás será elegido.

Los Gardiner miraron con los ojos muy abiertos a Oscar.

—Es cierto —exclamó Celia—. ¡Es cierto, papá!

—Nadie querrá creer eso de Nubo Donombo —murmuró Gardiner.

—¿Ni siquiera si él lo confiesa públicamente? —sonrió la señorita Amberly.

—¿Cómo va a confesar semejante cosa? Puedo hacerlo detener, desde luego, y obligarle a confesar, pero eso se podría interpretar como una sucia maniobra por mi parte para desprestigiarlo. Y por supuesto, Donombo negaría su participación en todo esto, en cuanto tuviera oportunidad. Salvo que la confesión de él resultase contundente y creíble, todo lo demás solo serviría para que surgiese la sospecha contra mí en el sentido de que le había obligado a confesar. ¡Es una situación absurda!

—Estoy segura —intervino Celia— de que a Oscar se le ocurrirá alguna solución, padre.

Winifred miró inexpresivamente a la muchacha. ¿Oscar? Sí, bien, era lógico: habían pasado la mayor parte del día juntos, así que no debía sorprenderse de que Oscar y Celia hubieran ido tomándose confianza.

—Haremos lo posible —dijo Oscar— entre la señorita Amberly y yo.

—Sin duda debe ser una ayuda muy eficaz para usted —miró Celia a Winifred—. Todavía no puedo creer lo que explicaron los agentes de la C.I.A. respecto al modo en que la señorita Amberly se desembarazó de aquellas tres negros dentro de la choza.

—Es que en la C.I.A. nos enseñan a ser muy malos —le tocó el turno de sonreír a Winifred.

—Y evidentemente, usted es una excelente alumna, ¿no es así? —rió Celia.

—Creo haberlo demostrado. Bien, respecto al señor Donombo, se

me está ocurriendo que...

Sonó una llamada a la puerta y Abel Gardiner autorizó la entrada. Entró Onoto, acompañado de dos hombres, uno de ellos negro puro, el otro mulato. Onoto cerró la puerta y Gardiner se puso en pie, acudiendo a estrecharles la mano a los dos recién llegados. Acto seguido, los presentó a todos.

Winifred estrechó las manos de Timbo Nekabamba y Emerson Smith. Este era el mulato, que ocupaba el cargo de secretario de Estado. Debía tener algo menos de cuarenta años, era atractivo, y parecía reposado e inteligente; incluso astuto. Muy educado. El otro, al que ya conocían Winifred y Oscar por las fotografías, era en verdad apuesto y atlético, y de la edad aproximada de Emerson Smith. Más alto, más vivaz, más franco de expresión... Un magnífico vicepresidente.

Y fue este, Timbo Nekabamba quien, apenas Gardiner comenzó a mencionar a Nubo Donombo y su participación en el asunto, lanzó una exclamación y dijo:

—¡Lo han matado!

El silencio fue súbito. Todos miraban como sin comprender a Timbo Nekabamba. Por fin. Winifred murmuró:

—¿Lo han matado? ¿Se refiere usted a Nubo Donombo?

—Sí. Lo he escuchado en la radio del coche mientras venía hacia aquí.

—¿Quién y cómo lo han matado? —preguntó Oscar.

—No se sabe. Es decir, no se sabe quién, pero sí cómo: le dispararon con rifle cuando salía de su casa a primera hora de esta tarde. La primera bala le destrozó la cabeza. Le dispararon otra más al pecho. Pero sobraba la segunda bala, claro.

—Un tirador de élite —dijo Oscar.

—Sin duda.

Hubo otro breve silencio. Por fin, Abel Gardiner, se pasó una mano por la frente.

—No lo entiendo... —susurró—. ¡No lo entiendo! Esto va a acabar de hundirme... ¡dirán que yo ordené su asesinato! ¡Lo dirán!

—¿Por qué habría de decir nadie semejante cosa? —dijo Winifred—. Usted no había acusado a Donombo de nada, no había hecho público lo que sabemos de él. No tienen por qué relacionarlo con su muerte, señor Gardiner.

—Por supuesto, ha sido Marambua —dijo Oscar—. Winifred sabía de la participación de Donombo en esto, y Marambua se enteró de que ella había escapado, naturalmente. Así que, en la imposibilidad de matar a Winifred, ha optado por silenciar para siempre a Donombo. ¿Se dan cuenta de lo que esto significa?

Los mogambianos se quedaron mirando desconcertados a Oscar Webb. No se daban cuenta de nada. Pero Winifred sí se daba cuenta.

—Significa, ni más ni menos, que Nubo Donombo no era el único en participar en toda esta conspiración. Dickson Marambua no tenía necesidad alguna de silenciar a Donombo para protegerse, pues todo el mundo sabe que él está al frente de la rebelión, de modo que lo que Donombo dijera de él no tenía la menor importancia. En cambio, las confesiones de Nubo Donombo podían perjudicar a otras personas amigas de Marambua... y hasta hace poco, también amigas de Donombo. Pero temerosas de que este hablara, indicaron a Marambua que matase a Donombo.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —se desalentó Gardiner.

—Ustedes, nada —dijo Oscar—. Es decir, hagan lo que les corresponda hacer oficialmente. Ni por un momento mencionen a Nubo Donombo ante nadie como participante en la conspiración, esto debe quedar bien claro. El resto, lo haremos Winifred y yo.

—¿Qué van a hacer? —saltó Celia.

—Algo se nos ocurrirá, señorita Gardiner —sonrió la señorita Amberly.

—Así lo esperamos.

—Señor Nekabamba —preguntó Oscar—: ¿el cadáver del señor Donombo ha sido entrado en su casa o llevado a un hospital?

—Fue llevado al Hospital Central de Cité Mogambia, según entendí —explicó Timbo Nekabamba—. Lo que me parece absurdo, pues si la primera bala le destrozó la cabeza...

—Hay gente que nunca pierde la esperanza —murmuró Oscar—. ¿Dónde vive exactamente el señor Donombo? Bien, será mejor que me haga usted un plano, por esquemático que sea, pues al no conocer la ciudad de nada me serviría conocer el nombre de la calle... ¿Vivía en la ciudad?

—Casi. En una urbanización muy cercana... Le haré a usted el plano con mucho gusto, señor Webb.

—Gracias. ¿Puede usted ordenar, señor Presidente, que nos tengan preparado cuanto antes un coche abajo, con el depósito lleno?

—Naturalmente. Lo haré ahora mismo... Pero creo que por hoy ya han hecho ustedes suficiente, señor Webb. Espero que acepten mi invitación a cenar. Cenaremos temprano y así usted y la señorita Amberly podrán retirarse a sus habitaciones. ¡Deben estar muy cansados!

—Cansadísima —dijo amablemente Winifred—. Tú también, ¿verdad, Oscar, querido?

Oscar Webb soltó un gruñido.

CAPÍTULO VI

LA puerta de la habitación de Oscar Webb se abrió, y este volvió la cabeza con gesto indiferente. Alzó las cejas, evidenciando su sorpresa, al ver a Celia Gardiner en el umbral. Ella sonrió, y se apresuró a cerrar la puerta. Luego, caminó hacia Oscar, que todavía se hallaba inclinado sobre la cama.

Celia Gardiner llevaba solamente un camisón de dormir de color amarillo pálido, bajo el cual se veía perfectamente su cuerpo, desnudo, bellissimo. A cada paso, los pechos oscilaban con tentadora turgencia. Oscar se irguió, volviéndose completamente hacia ella.

—He venido —susurró Celia— por si necesita alguna cosa, Oscar.

—Es usted muy amable —consiguió sonreír Oscar Webb— pero estamos muy bien atendidos, naturalmente.

—Me alegra saberlo. Oh, todavía está usted vestido... ¿No piensa acostarse?

—Todavía no —murmuró Oscar Webb.

Celia miró hacia la cama. Se sorprendió al ver sobre esta una funda axilar, la pistola, el silenciador, una linterna... El cargador de la pistola estaba fuera del arma, junto a esta sobre la cama. Cuando volvió a mirar a Oscar, este miraba con el ceño fruncido sus pezones, a través de la finísima tela. Celia sonrió.

—Hay cosas que puede dejar usted para mañana —dijo con voz apenas audible, susurrante—, hay cosas que no pueden dejarse para mañana... ni para ningún otro momento.

Muy despacio, se quitó el camisón, quedando completamente desnuda ante Oscar Webb, que la miró de arriba abajo y volvió a

detener la mirada en los pezones, muy grandes, salientes, de color chocolate. Celia tomó una mano de Oscar, y la puso sobre uno de sus pechos. Eran tersos, duros, como piedra forrada de la más fina seda. Y ardían.

—Puedes hacer lo que quieras conmigo —musitó Celia—. Yo lo estoy deseando desde que te vi...

Se colgó de su cuello, y lo besó en los labios. Su boca, gruesa y tierna, también estaba caliente. Oscar percibió la lengua de Celia Gardiner buscando la suya. Todavía tenía una mano entre ambos cuerpos, aplastando el duro pecho, pero el cuerpo de Celia parecía fundirse al de él, el vientre femenino se apretó contra el masculino. Oscar Webb retiró la mano del pecho de la muchacha, y colocó las dos en la cintura de esta, suavemente. Celia Gardiner gimió, y sus caderas se movieron suavemente, en una caricia provocativa, que Oscar no podía dejar de sentir.

Su reacción viril fue absolutamente normal y lógica, y al percibirla, ella volvió a gemir. Las manos de Oscar se clavaron con fuerza en las caderas, que parecían de caucho...

La puerta del dormitorio se abrió en aquel momento, silenciosamente, y entró Winifred Amberly. Se quedó mirándolos. Oscar Webb, que tenía los ojos abiertos, vio a Winifred. En sus ojos hubo un parpadeo, y eso fue todo. Continuó besando y aceptando el beso de Celia Gardiner. Winifred dio la vuelta, y salió del dormitorio tan silenciosamente como había entrado.

Volvió a gemir. Su mano derecha se descolgó del cuello de Oscar y se deslizó entre ambos cuerpos, en busca de la caricia, que efectuó con avidez, apretando sus finos dedos.

Separó su boca, y suspiró:

—Oscar, deseo que me hagas...

Sonó una llamada a la puerta. Celia respingó, apartándose vivamente de Oscar, el cual alzó la voz:

—Un momento, por favor.

Recogió el camisón de Celia y la ayudó a ponérselo rápidamente, aprovechando para acariciarle el vientre y los pechos. Acto seguido se dirigió a la puerta, y la abrió. Winifred estaba allí.

—Oscar, yo ya estoy... ¡Oh! —exclamó al ver a Celia.

—Pasa —se apartó Oscar—. Estaré listo en pocos segundos. La señorita Gardiner ha venido a convencerse de que estamos bien

instalados. Precisamente ahora mismo se disponía a ir a tu habitación, al asegurarle yo que estoy perfectamente.

—Es usted muy amable, señorita Gardiner —dijo Winifred—. Y no se preocupe por mí: también me encuentro espléndidamente atendida en mi habitación.

—Me alegra oírlo —sonrió rígidamente, Celia—. Observo que también usted está todavía vestida.

—Es que Oscar y yo vamos a salir —dijo Winifred—. ¿Él no se lo ha dicho?

—Me disponía a hacerlo —dijo Oscar, terminando de colocarse la funda axilar—. Aunque ya que se ha provocado esta situación, le voy a pedir a Celia que no lo comente con nadie.

—¿No debo decir que ustedes han salido esta noche?

—Será mejor que no. Celia —la miró Oscar, tras meter el cargador en la pistola con seco golpe—. Cuantas menos personas conozcan nuestros pasos, mejor.

—Pero... ¿qué van a hacer?

—Vamos a dar un paseo.

—Oh, vamos, Oscar —protestó Winifred—. A la señorita Gardiner podemos decírselo, cariño. Vamos a la casa de Nubo Donombo, señorita Gardiner.

—¿A qué?

—A echar un vistazo —sonrió Winifred—. Dadas las circunstancias, creemos que no habrá prácticamente nadie en esa casa esta noche.

—¿Quiere decir que piensan entrar en ella?

—Si podemos, sí.

Oscar Webb se puso la chaqueta y acomodó bien la funda con la pistola. Recogió la linterna.

—Podemos marcharnos, Winifred. Hasta mañana, Celia.

—No nos espere levantada —la miró con exquisita amabilidad la señorita Amberly—. Seguramente volveremos tarde. Hasta mañana.

Un par de minutos más tarde, los dos espías abandonaban el recinto de la Casa Estatal en un automóvil: La guardia del cuerpo especial del Presidente tenía órdenes muy concretas sobre los dos personajes: podían ir y venir a su antojo. Así que no hubo problema alguno.

Winifred miró a Oscar, que conducía.

—Me pregunto qué habría pasado si tardo un cuarto de hora más en ir a buscarte —dijo.

—Supongo que nos habrías encontrado haciendo el amor —replicó Oscar Webb.

—En tal caso, debo pedirte disculpas.

—Pues pídemelas.

—No me da la gana —refunfuñó la señorita Amberly.

Oscar Webb movió la cabeza con gesto reprobativo.

—¡Qué lenguaje tan vulgar! —reprendió—. No es digno de ti, francamente.

—¿Qué andaba buscando ella?

—No lo sé —frunció el ceño el señor Webb—. De verdad, no lo sé. Aparte de una buena gozada, claro.

—Ese lenguaje tampoco es digno de ti —le miró ella—, ¿O sí lo es?

—Saca el plano y ve guiándome.

—Me pregunto —murmuró la señorita Amberly, desdoblando el mapa preparado por Timbo Nekabamba— si habrá sistemas de alarma en la casa de Nubo Donombo...

* * *

No había sistemas de alarma, o, si lo había, no funcionaron. Ni siquiera había perros. Todo lo que vieron antes de saltar la verja de hierro fue un hombre que paseaba por la penumbra del jardín. Un negro vestido de blanco, como si se hubiera propuesto que se le viera muy bien, lo cual podía ser muy conveniente para que unos posibles ladrones desistieran de entrar en la casa.

Pero, ciertamente, ni el señor Webb ni la señorita Amberly eran unos ladrones vulgares, así que, simplemente, en un momento en que el negro daba la vuelta a la casa, saltaron fácilmente las verjas. Se deslizaron por entre los arbustos de flores hacia la casa, a la que llegaron antes de que el abúlico vigilante hubiera dado la vuelta. Cuando apareció, los dos estaban bajo una ventana, agazapados entre unos olorosos arbustos. El vigilante pasó cansinamente, sin sospechar ni remotamente lo cerca que estuvo de los intrusos. Cuando de nuevo desapareció por la esquina de la casa, Oscar Webb abrió la ventana utilizando un simple alambre. Cuando el vigilante volvió a pasar por allí, los dos estaban dentro de la casa.

—Debe haber algunos criados durmiendo —susurró Winifred.

—Pues será mejor para ellos que sigan durmiendo. Vamos a buscar el despacho.

Primero llegaron al vestíbulo. Desde allí, tan solo a la luz que llegaba de los dos farolillos del jardín, vieron las puertas. La primera correspondía a una sala. La segunda era del despacho. Entraron en este y cerraron la puerta. Oscar se deslizó hacia la ventana, en la que también parecía flotar el resplandor de afuera. Vio pasar una vez más al vigilante, que de pronto se detuvo, bostezó y estiró los brazos.

—Va a entrar —susurró Oscar.

Se quedaron los dos inmóviles. Al poco oyeron cerrarse la puerta de la casa. Luego, los pasos en el vestíbulo. De alguna parte llegó una voz de mujer. El vigilante masculló algo. Se oyó una puerta al ser cerrada.

Oscar encendió la linterna.

—Se ha acostado.

—Con su negra —dijo Winifred—. A él nadie va a molestarle.

—Yo diría que no conceden demasiada importancia a la vigilancia de esta casa, ¿verdad?

—Prácticamente, ninguna. Bien, debe haber una caja fuerte, ¿no?

La encontraron empotrada en una librería atestada de libros y álbumes escritos en inglés y francés. Oscar iluminó el dial y Winifred comenzó a mover este suavemente. El silencio era total, de modo que se oía el suave cri-cric de los mecanismos. Los finos dedos de Winifred parecían acariciar los mandos. Tardó apenas tres minutos en erguirse, diciendo:

—Ya está.

Asió la manilla, la bajó, y la gruesa puerta de acero se abrió.

Entonces, sí. Entonces, inmediatamente, comenzó a sonar la alarma, un timbre agudo y persistente, mientras en la ventana se veía encenderse y apagarse una luz roja que debía estar en la fachada de la casa.

—Recógelo todo —dijo serenamente Oscar—. Yo atiendo el resto.

—Bien.

La señorita Amberly comenzó a sacar todo el contenido de la caja, mientras Oscar se dirigía sosegadamente hacia la puerta del

despacho. La abrió y salió al vestíbulo. Hacia el fondo de este, bajo la escalinata, apareció una luz. Luego, se encendió la del pasillo, y el vigilante, desnudo, apareció corriendo, muy abiertos los ojos, empuñando una escopeta de dos cañones.

Al ver a Oscar lanzó un grito, y alzó la escopeta. Oscar Webb disparó, como a desgana, se oyó el chasquido de la pistola y el negro giró dos veces sobre sí mismo, soltando la escopeta, para caer de bruces, con un balazo en el hombro derecho. En alguna parte se oyó el grito femenino. Oscar corrió a largas zancadas hacia el pasillo que conducía a la cocina y a las habitaciones de la servidumbre, y vio a la negra, completamente desnuda, parada en el umbral, sujetándose al marco y mirando con expresión aterrorizada al negro caído, sin dejar de gritar.

Oscar la apuntó con la pistola.

—Cállese —ordenó.

La mujer enmudeció de pronto, y comenzó a temblar. Oscar captó el movimiento del negro caído en el suelo, y se inclinó para apoderarse rápidamente de la escopeta. No le hizo más caso al negro. Se acercó a la mujer. En ese momento se abrió otra puerta, y apareció un hombre negro con una abundante cabellera asombrosamente blanca, empuñando una pistola con mano temblorosa.

Oscar extendió el brazo armado, apuntándole con una firmeza reveladora.

—Deje caer el arma —dijo en inglés, repitiéndolo enseguida en francés.

El anciano obedeció y, como la mujer, comenzó a temblar. Oscar se acercó a la mujer, tiró la escopeta dentro del dormitorio, y a ella la agarró de un brazo, llevándola hacia el anciano negro.

—Entren los dos ahí —señaló el dormitorio del anciano—, y no salgan por nada, o dispararé contra ustedes. ¿Me han entendido?

La mujer comenzó a sollozar histéricamente. Oscar la empujó casi amablemente, haciendo acto seguido lo mismo con el anciano. Cerró la puerta, y regresó junto al herido, que ahora le contemplaba, inmóvil, admitiendo la derrota. Oscar se acuclilló junto a él.

—¿Hay alguien más en la casa?

—No... No. Hoy no... El... el secretario y el chófer del señor

Donombo están... están en el hospital... todavía...

—No se mueva de aquí, o lo mataré. Pronto llegará la policía, y le atenderán. No me obligue a matarle.

El hombre le miraba con expresión desorbitada. Oscar se irguió y miró hacia el vestíbulo, en el cual aparecía en aquel momento Winifred, caminando tranquilamente. La alarma seguía sonando, pero Oscar oyó perfectamente a la señorita Amberly.

—Podemos marcharnos, mi amor.

Oscar miró al herido.

—Recuerde lo que le he dicho.

Salieron de la casa, Winifred con su nuevo bolso cargado con todo lo recogido en la caja fuerte. Oscar se volvió, ya fuera, y, tras localizar la luz roja en la fachada de la casa, disparó, como aburrido. La luz roja se apagó. Pero la alarma seguía sonando. Oscar enfundó la pistola, y echó a andar hacia la espesura del jardín, con Winifred caminando tranquilamente a su lado.

—Una simple alarma contra ladrones —dijo Winifred.

—Sí. Saltaré yo primero, y me tiras el bolso.

—Bueno.

Oscar saltó las verjas pocos segundos más tarde, recogió el bolso que Winifred tiró por encima y, acto seguido, como una gatita, ella escaló las verjas y saltó al otro lado. Se oía una sirena policial, como una especie de ladrido continuo. En las casas cercanas se habían encendido muchas luces y en algunas ventanas se veían las siluetas de varias personas. Se oían algunas voces alarmadas, preguntas...

El señor Webb y la señorita Amberly llegaron donde habían dejado el coche, tras el cual se escondieron para dejar pasar el de la Policía, que apareció lanzando destellos de luz azul desde el techo. Luego, simplemente, entraron en su automóvil y se alejaron.

—Olvidé los cigarrillos —dijo la señorita Amberly.

El señor Webb encendió dos y le ofreció uno. Estaban saliendo de la urbanización residencial y entrando en la ciudad. La circulación era prácticamente nula.

—Me siento como un matón que acaba de robarle un caramelo a un niño —gruñó Oscar Webb—. Por suerte, no he tenido que matar a nadie.

—Eres un sentimental —sonrió Winifred—. Espero que eso no te

incline a aceptar la insistencia de Celia Gardiner en asuntos... personales. Aunque me parece que ya sé lo que voy a hacer para impedirle a esa bella mulatita meterse en tu cama: despenaré a su padre.

* * *

El Presidente Abel K. Gardiner que se había despertado sobresaltadísimo sentándose en la cama de un salto al entrar Oscar en su dormitorio, estaba ahora en su despacho, con el papel en las manos. Frente a él estaban Oscar y Winifred. A su lado, ataviada con el camisón transparente, se hallaba Celia. No había nadie más en el despacho privado presidencial.

Por fin, Abel Gardiner apartó la mirada del papel, y la posó en Oscar Webb.

—No es posible... —murmuró—. ¡No!

Oscar frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso? —gruñó—. ¿Acaso no existen los señores llamados Okolo y Villiers?

—Sí... Si, si... Bueno, en cuanto a Villiers no hay ninguna duda, pues en Mogambia solo existe una familia Villiers. Lo de Okolo podría prestarse a confusiones, pues el apellido abunda en Mogambia... Se podría suponer que se refiere a Sikeo Okolo. Y a Eneko Villiers, este sí, desde luego. Pero no puede ser...

—¿Por qué no? —preguntó suavemente Winifred.

—Bueno... No sé... No es que Villiers y Okolo sean amigos míos, desde luego. Tampoco son... enemigos declarados, pero... Bueno, ¡no puedo creerlo, eso es todo!

—¿Quiénes son exactamente Okolo y Villiers? —preguntó Oscar.

—Eneko Villiers es un político retirado hace un par de años... precisamente porque no aceptó trabajar con mi equipo presidencial. Es un hombre importante, muy respetado en Mogambia... Estuvo formando parte del Gobierno hasta hace dos años, pero cuando yo fui elegido, se retiró, muy discretamente. No hizo ningún comentario, nada. Su actitud fue muy correcta y...

—¡Oh, papá! —se impacientó Celia—. ¡Sabes muy bien que Eneko Villiers dejó bien establecido que su disconformidad con tu mandato era total!

—Sí, pero...

—¿Y ese Sikeo Okolo? —insistió Winifred.

—Bueno, este era coronel de las fuerzas armadas y... y también presentó su dimisión. Sikeo Okolo si ha andado por ahí... fastidiando un poco, creando un clima de desagrado hacia mí. Todo dentro de la permisividad, pero no ha parado de buscarme las vueltas. Hubo un momento en que estuve tentado de desterrarlo, pero es un hombre muy popular, tiene muchos amigos... Me pareció más prudente dejarlo que fuese... vertiendo su veneno, convencido de que al final se cansaría él de hacerlo y los otros de escucharle. Y finalmente, en efecto, se calló.

—Permanecer en silencio no significa nada —dijo Oscar—. En mi opinión, señor Gardiner, la cosa está clara. A menos que usted consiga darle otra interpretación a esta nota.

Señaló el papel que Gardiner seguía sosteniendo en las manos. El Presidente de Mogambia volvió a leer el breve escrito:

Reunión en zona MABO-16. Avise a Okolo y Villiers para que vengan también. En poder del cianuro, solicito instrucciones definitivas.

D. M.

Abel Gardiner dejó la nota sobre la mesa.

—¿Qué podemos hacer? —murmuró.

—¡Vaya una pregunta! —explotó Celia—. ¡Con esta nota puedes ordenar la detención inmediata de Villiers y Okolo, papá! Nadie podrá dudar de que están en complicidad con Marambua.

—Las... las iniciales D y M pueden... significar otro nombre...

Celia hizo un gesto de desesperación, mirando a Oscar, que captó su petición y asintió.

—Mire, señor Gardiner, yo no creo que haya muchas personas en Mogambia que puedan firmar con las iniciales D y M como Dickson Marambua y que además, tengan el cianuro. Para mí, Marambua queda suficientemente identificado en esta nota. Y lo mismo los señores Villiers y Okolo. Lo único que no se menciona es el destinatario de la nota, pero... La hemos hallado en la caja fuerte del despacho de Nubo Donombo, ¿no es así? Y este ha sido asesinado, para que no hable, ya que Winifred escuchó su nombre de labios del propio Marambua, y este lo sabía. ¿Todo esto no está lo bastante claro para usted?

—Todavía se puede hacer más —dijo Winifred—. Supongo que en alguna parte constará algún documento militar redactado por el

sargento Marambua a mano.

—Si —la miró Gardiner—. Claro que debe de haber algo de eso en alguna parte, claro.

—¿Dispone usted de personal militar de su entera confianza?

—Pocos —murmuró Gardiner—. Pocos, pero alguno tengo, sí. La mayoría empiezan a mostrar claramente su disconformidad conmigo, pero aún me quedan... algunos fieles amigos.

—Llame ahora mismo a alguno de ellos —señaló Winifred el teléfono—. Pídale que venga aquí, que se haga cargo de una fotocopia de la nota y que empiece a buscar en los archivos militares algún documento escrito a mano por Marambua. Luego, solo tendremos que comparar la letra de esa nota y de esos documentos. Es perder el tiempo, pero a estas horas no importa demasiado: todo estará resuelto por la mañana.

—Bien... —murmuró Gardiner—. Sí, eso vamos a hacer.

CAPÍTULO VII

VEINTE horas más tarde, la explanada ante la Casa Estatal estaba llena de automóviles, junto a los cuales los chóferes negros fumaban y comentaban la fiesta que se celebraba. Una fiesta de la que ellos no tenían ni idea.

En realidad, igual que los invitados. Aquella misma mañana se habían cursado urgentemente las invitaciones desde la secretaría de la Casa Estatal y los destinatarios, todos ellos personajes importantes en Mogambia, y una muy buena parte de diplomáticos acreditados en el país africano, habían aceptado en su mayor parte.

Algunos no habían acudido, pero los que interesaban estaban allí. Lo mismo Sikeo Okolo que Eneko Villiers habían tenido que ceder ante la nota de puño y letra del presidente Gardiner en la invitación, rogándoles su asistencia en bien de Mogambia. En bien de Mogambia. ¿Cómo un invitado podía negarse a acudir a la fiesta, a menos que le fuera completamente imposible?

Celia Gardiner, como anfitriona, estaba sencillamente arrebatadora. Destacaba esplendorosamente entre las demás mujeres mogambianas que habían acudido con sus maridos, pese a que la mayoría eran jóvenes y muy hermosas. En el gran salón, las lustrosas pieles femeninas reflejaban las luces de las arañas que pendían del techo, especialmente en los escotes y en los hombros. Casi todos los asistentes eran de raza negra.

Uno de los blancos, un diplomático francés que había coincidido en el bufet con Winifred Amberly, comentó:

—Si hay algo que me retiene en este país es la belleza de sus mujeres —ofreció la bandeja con canapés a la señorita Amberly—.

Sin embargo, creo que pronto pediré que me destinen a Inglaterra.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Tengo entendido que usted reside allí, ¿no?

La señorita Amberly se echó a reír.

—¡Es usted muy amable! —exclamó—. Sí, en efecto, resido en Londres.

—Sí, eso tengo entendido —la mirada del británico se desplazó suavemente hacia donde estaba Oscar Webb, charlando con algunos mogambianos—. El señor Webb es un editor con ideas, por lo que veo. Muy buenas ideas, como queda demostrado al haberla contratado a usted como secretaria. A quien me parece que no le gustan las ideas del señor Webb en este sentido es a la señorita Gardiner...

—¿Por qué dice eso?

—Sin la menor duda, el señor Webb es un hombre... interesante. Muy interesante. Y me da la impresión de que la señorita Gardiner está lamentando que usted sea todavía más bonita que ella.

—Digamos que soy diferente. No es fácil hacer comparaciones entre una belleza negra y una belleza rubia del Norte de Europa. ¿Me disculpa, por favor? Voy a saludar a una persona que me interesa.

—No faltaba más... —se inclinó el británico.

La señorita Amberly aprovechó rápidamente la ocasión en que, por fin, vio solo a Eneko Villiers, y se acercó a él, tomando de pasada dos copas de champaña de una bandeja que paseaba uno de los criados. Cuando se detuvo ante Villiers, este se quedó mirándola expectante. Eneko Villiers debía tener unos cincuenta y cinco años, era de mediana estatura, quizá algo obeso, y completamente calvo. Sus ojos eran grandes y reposados.

—¿Señor Villiers? —sonrió Winifred.

—Sí...

—¿Le apetece una copa de champaña?

El ex político negro entornó un instante los párpados. Miró acto seguido hacia donde estaba Gardiner, luego miró a Oscar Webb, y de nuevo a Winifred. Era un hombre muy inteligente.

—Muchas gracias —aceptó la copa—. Es usted una persona encantadora, señorita Amberly.

—Ah... ¿Me conoce usted?

—He oído algo referente a un editor británico y su linda secretaria.

—Claro —sonrió Winifred—. Supongo que está usted... sorprendido por la celebración de esta fiesta.

—Sí, como la mayoría. Tan de pronto... Sin embargo, espero que Gardiner, en efecto, debe tener algo muy importante que comunicar... por el bien de Mogambia.

—Si —asintió Winifred, bebió un sorbito de champaña—. De todos modos, señor Villiers, la fiesta ha sido una idea mía.

—¿Sí? ¿Y qué objeto tiene?

—Desarticular una conjura. A decir verdad, señor Villiers, yo no soy una secretaria de un editor, sino una agente de la C.I.A. americana. ¿Sería usted tan amable de decirme dónde está exactamente la zona MAB-016?

Eneko Villiers estaba como petrificado. Por fin, masculló:

—¿Qué dice usted?

Winifred lo tomó de un brazo, y lo dirigió hacia un sofá en un extremo del gran salón de recepciones, donde se oían frisas, chocar de copas, conversaciones en varios idiomas... La señorita Amberly se sentó, y Villiers lo hizo a su lado.

—Habríamos podido hacer las cosas de otro modo —explicó Winifred—, pero me pareció contraproducente. Enviar fuerzas armadas a por usted y el señor Okolo habría resultado... aparatoso. Yo sugerí que podríamos atraerlos aquí, detenerlos con cierto estilo, y acto seguido, exigirles a ustedes dos que pusieran al descubierto la conjura en la que también participaba el señor Donombo y, por supuesto, el sargento en rebeldía Dickson Marambua.

Eneko Villiers estaba con la boca abierta.

—¿Está usted loca? —jadeó.

—A mí me pareció una buena idea. En esta simpática fiesta hemos conseguido reunir la élite de su raquítrico periodismo, militares de alta graduación, paisanos de los más influyentes y conocidos de Mogambia, personal diplomático extranjero... ¿No cree usted, señor Villiers, que es el momento y el lugar adecuado para hacer esa confesión pública? Aparte, por favor, dígame dónde está la zona que ustedes denominan MAB-016. Es que Oscar está muy enfadado con el sargento Marambua por el destino que me preparó y quiere pasarle la factura. Oscar también es de la C.I.A.,

¿comprende?

—Decididamente, está usted loca —gruñó ahora Villiers.

—Mi querido Oscar se va a encargar en breve del señor Okolo en los mismos términos en que yo me estoy encargando de usted. Uno u otro cederá, es lo lógico, lo humano. ¡Sería tan desagradable tener que meterlos en un calabozo para torturarlos! ¿Cree que soportaría usted las torturas, señor Villiers?

Este hizo intención de levantarse, pero la señorita Amberly le sujetó por un brazo.

—Suélteme... —exigió Villiers—. ¡Suélteme inmediatamente!

—Me permito rogarle que no estropee la fiesta. Sobre todo, ahora que la apasionada Celia se dispone a sacar a bailar a Oscar. Me está haciendo sentirme un poco celosa.

—Señorita Amberly, si todo esto es una broma...

—Claro que no. Vea cómo bailan... ¡Ah, esa negrita tan hermosa! Mire, señor Villiers, vamos a hacer un trato: yo voy a ver si consigo atraer a Oscar a mis brazos y usted va a decirle al señor Okolo que la C.I.A. les ha descubierto, y que está dispuesta a hacer un trato con ambos.

—¡No tengo intención alguna de decirle todas esas chifladuras a Okolo! —aseguró Villiers.

—¿Le parecen a usted chifladuras? Verá, Oscar y yo estuvimos anoche en la casa del señor Donombo. ¿Conoce usted al señor Donombo?

—¡Naturalmente! Y sé que lo asesinaron. ¡Pero...!

—Espere un momento, por favor. Como le decía, Oscar y yo estuvimos anoche en la casa del señor Donombo, y abrimos la caja fuerte de su despacho privado. Entre otras cosas, como dinero, pasaporte y lo corriente en una caja fuerte, encontramos un papel del cual hemos obtenido algunas fotocopias. ¿Le gustaría leer una de esas fotocopias?

—Desde luego.

Winifred Amberly introdujo dos dedos por un lado del escote de su vestido de noche, prestado por Celia Gardiner. Villiers siguió el recorrido de los dedos, aprovechando para echar un vistazo directo a la muy buena parte de los senos de Winifred que quedaba visible. Pero enseguida tuvo que volver a mirar los dedos, al ver el tono de un papel. Lo tomó, lo leyó y palideció.

—¿Se supone que Dickson Marambua envió esta nota a Nubo, que era cómplice suyo, y que Okolo y yo también lo somos? —murmuró.

—Así es.

—Es mentira.

La señorita Amberly estuvo unos segundos mirando los ojos de Eneko Villiers. Luego, murmuró:

—Vaya a enseñarle el papel al señor Okolo y, por favor, espere a que Oscar se reúna con ustedes para terminar la conversación. En realidad. Oscar ya tendría que estar hablando con el señor Okolo, pero los encantos de Celia lo están distrayendo demasiado. Hasta luego, señor Villiers. Gracias por la conversación.

Winifred se alejó de Villiers, en busca de Oscar y Celia, que bailaban muy abrazados, ella riendo y mirando como fascinada al espía.

—Lamento interrumpir, Celia —la tocó Winifred en un hombro—, pero tengo absoluta necesidad de hablar con Oscar. Ya sabe usted de qué, ¿verdad?

—Si —refunfuñó Celia, apartándose—. Comprendo.

Se alejó, sonriendo en todas direcciones, sin demostrar su enojo. Por otra parte, no tenía por qué enojarse con los dos espías americanos, pues a fin de cuentas ambos estaban trabajando para su padre.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Winifred.

—No todo han de ser riesgos —casi sonrió Oscar Webb.

—Claro. La vida debe tener compensaciones.

—Sin la menor duda. ¿Qué ha dicho Villiers?

—Lo ha negado todo.

—Chocante. ¿Hablará con Okolo?

—Esa es la jugada. Si lo hace, será porque ambos van a aceptar hablar contigo. Espero que mi gestión haya sido la acertada.

Oscar Webb la miró sumamente divertido, pero ya no hizo comentario alguno. Continuaron bailando, y aplaudieron al final. Oscar tomó de un brazo a Winifred, y la llevó hacia el bufet, donde le ofreció una copa de champaña. Sin mirarlos, ambos supieron que Villiers estaba ya hablando con Sikeo Okolo.

—Es una fiesta muy animada —dijo Winifred.

—Pero terminará mal. Cada vez me convenzo más de que los

dos somos decididamente diabólicos. Sobre todo, tú.

—¡No te quites méritos! —rió la señorita Amberly.

Tres matrimonios mogambianos se acercaron a ellos y comenzaron a hablar de libros y ediciones. Eran accionistas de uno de los periódicos de Cité Mogambia y tenían interés en cambiar impresiones con el editor británico señor Webb, que los estuvo atendiendo muy cortésmente hasta que captó la mirada que le dirigían Eneko Villiers y Sikeo Okolo.

—¿Me disculpan un momento? —pidió—. La señorita Amberly seguirá la conversación incluso con más conocimientos que yo.

Se alejó, tras mirar un tanto irónicamente a la señorita Amberly. Esta, sin embargo, continuó hablando de ediciones y sobre todo de periódicos y periodismo con una soltura que tenía maravillados a sus interlocutores. Un par de minutos más tarde, la señorita Amberly sonrió encantadoramente.

—Me parece que el presidente Gardiner desea hablar conmigo. Seguiremos más tarde. Disculpenme.

Era cierto. Abel K. Gardiner, que estaba acompañado por Celia y Timbo Nekabamba, le había hecho una discreta seña. Winifred se detuvo sonriente ante los tres.

—¿Desea decirme algo, señor presidente?

—¿Qué están hablando el señor Webb y esos dos traidores? —susurró Gardiner.

—Me temo que la cosa no va a resultar tan simple como todos creíamos. Naturalmente, Villiers negó las acusaciones que le formulé.

—¡Eso era de esperar! —exclamó Nekabamba—. Ya les dije a usted y al señor Webb que no me parecía adecuado hacer las cosas de este modo. ¡Si los hubiéramos detenido y llevado a un calabozo...!

—Si hubieran hecho eso, no habrían conseguido la confesión pública de la traición de esos dos caballeros junto con Nubo Donombo y el sargento Marambua —dijo Winifred.

—Tampoco parece que se vaya a conseguir ahora, ¿verdad?

—Lo siento, señor Nekabamba. Pero al menos admitirá usted que la intención de Oscar y mía...

De pronto, hubo un revuelo en el salón. Por encima de la música se oyó la voz de Oscar Webb:

—¡Detengan a ese hombre, que no salga de aquí...!

Todos miraron hacia donde había sonado su voz, y le vieron reteniendo a Eneko Villiers por la ropa del cuello. Un poco más allá, Sikeo Okolo corría hacia la puerta, en la que aparecieron dos miembros de la guardia personal del Presidente Gardiner. Okolo gritó algo, dio la vuelta, y corrió hacia la gran puerta ventana abierta al jardín, que antes había evitado, sin duda convencido de que allí sí debía haber guardias. Pero ahora no tenía más remedio que utilizar aquella vía de escape... que le resultó igualmente fallida, pues también allí aparecieron dos guardias.

Okolo dio de nuevo media vuelta y corrió hacia el fondo del salón. Todos se apartaban a su paso, las mujeres gritaban, los hombres estaban desconcertados... A su paso, Okolo derribó a un camarero que portaba una bandeja con copas de champaña. Los dos guardias de la puerta prepararon sus metralletas.

—¡No disparen! —les gritó Oscar—. ¿Están locos?

Algunos hombres se interpusieron en la marcha de Okolo hacia la puertecita del fondo del salón. De nuevo se volvió Okolo y miró con expresión enloquecida a los cuatro guardias que corrían hacia él. En un instante, estos estuvieron delante, apuntándole con sus armas. Estaban entrando más guardias, y, en un instante, se hicieron cargo de Okolo, que de pronto parecía haberse dado por vencido, y había dejado caer la cabeza sobre el pecho. Timbo Nekabamba hizo una seña a otros guardias, que se apresuraron a arrebatar a Villiers de las manos de Oscar Webb.

Todos preguntaban qué ocurría, y las mujeres seguían emitiendo gritos, algunos histéricos...

Un hombre destacó de pronto, colocándose ante Gardiner. Su rostro estaba demudado.

—¿Qué significa esto, señor presidente? —preguntó—. ¿Por qué detienen al coronel Okolo?

El silencio fue súbito. Todos querían oír la respuesta del presidente Gardiner.

—Coronel Tenti —dijo despaciosamente Gardiner—, me permito rogarle que, como los demás, presten atención a mis próximas palabras. Y lo mismo le digo al coronel Namua —todos miraron a otro de los invitados, que se colocó junto a Tenti—. En realidad, fueron invitados precisamente para que presenciaran esto, pese a

que sé muy bien de su oposición a mis actividades al frente del país. Se me sugirió que algunos jefes del Ejército debían estar presentes, precisamente para que se hicieran cargo de esta información que demuestra cuán equivocados están mis detractores, y cuántas han sido las calumnias que en los últimos tiempos se han efectuado sobre mi persona y mi cargo...

—¿De qué está usted hablando? —exigió Tenti—. El coronel Okolo dimitió, y ahora es solo un civ...

—Es un conspirador, coronel Tenti. Y pronto podré demostrárselo a todos ustedes... ¿Sí, señor Webb?

Este, que había hecho una seña a Gardiner, se acercó a él y, para asombro de todos, se llevó aparte nada menos que al Presidente de Mogambia.

—¿Qué ocurre, señor Webb? —inquirió Gardiner.

—Algo en verdad sorprendente, señor. Tal como esperábamos, Villiers y Okolo han negado su complicidad con Dickson Marambua y sus intenciones conspiradoras.

—No importa que lo nieguen. Tenemos la nota que ustedes encontraron en la caja fuerte de Nubo Donombo y con ella es más que suficiente, de momento, para detenerlos y obligarlos posteriormente a confesar.

—Sí, ya sé que ese fue el plan, pero ha sucedido algo... casi gracioso. Con mis amenazas los he asustado de tal modo que se les ha escapado algo sorprendente: yo me inclino a creer que no tienen nada que ver con Marambua, pero si están conspirando.

—¿Qué? —palideció Gardiner.

—Han decidido aprovecharse de las actividades de Dickson Marambua, quien, posiblemente, fue engañado por Nubo Donombo. Este debió decirle a Marambua que Okolo y Villiers estaban de su parte, para que Marambua se sintiese más respaldado, pero finalmente Marambua, tras enviarle la nota a Donombo descubrió que no era cierto que Okolo y Villiers estuvieran de su parte. Así que, irritado con Donombo, envió a alguno de sus mejores tiradores para matarlo. Ahora Marambua se encuentra solo, sin apoyo financiero ni de ninguna clase, en las montañas, donde sin duda tiene escondido el cianuro. Pero Okolo y Villiers no tienen nada que ver con él. Al contrario.

—¿Qué quiere decir... al contrario?

—Villiers y Okolo están planeando la muerte de Dickson Marambua para hacerse ellos cargo de la rebelión. Tienen junto a Marambua un hombre que, en determinado momento, matará a Marambua y se hará cargo de los hombres de este, así como del cianuro. Nos hemos encontrado, pues, con dos conspiraciones: la de Marambua y la de Okolo y Villiers. Está claro que Donombo debía saber algo de las intenciones de Okolo y Villiers. Y posiblemente hizo contacto con los dos, pero no obtuvo resultados satisfactorios, pese a haber dicho ya a Marambua que los tenían de su parte. Con todo esto, cabe pensar que no fue Marambua quien envió un hombre a matar a Donombo, sino Okolo y Villiers, pues Donombo sabía demasiado de sus planes.

Abel Gardiner no salía de su asombro.

—Entonces... ¿quiere decir que de un modo u otro Okolo y Villiers sí están conspirando contra mí?

—Exactamente. Y lo pondrán en marcha todo definitivamente en cuanto Dickson Marambua haya sido quitado de en medio por el hombre que está esperando el momento de hacerlo y hacerse cargo del mando de los rebeldes.

—¿Y quién es este hombre que está junto a Marambua esperando instrucciones de Okolo y Villiers para matarlo?

—Un tal sargento Dumako. Pero, si me permite, señor presidente, creo que no debe dar esta explicación en público, por el momento.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque si lo hace, Marambua se enterará de que su compañero de armas, el sargento Dumako, está vendido a Villiers y Okolo, y le cortará la cabeza, con lo que las cosas seguirán igual. Creo más conveniente que Marambua no sepa nada... así Dumako lo matará, y nos veremos libres de él. Posteriormente utilizaremos a Villiers y a Okolo para que ordenen a Dumako que cese en sus actividades conspiradoras, y Dumako no tendrá más remedio que entregarse o huir al verse sin apoyo.

—¿Pero quizá decida utilizar el cianuro...!

—¿Qué ganaría con ello? Ya nadie va a ganar nada con eso, ya no tendrá a quién servir, pues las posibles candidaturas a la presidencia por parte de Donombo, Okolo y Villiers han quedado definitivamente anuladas. Solo tiene usted que decir que detiene a

Okolo y Villiers por conspiración, y que mañana dará todas las explicaciones por medio de la radio y la televisión. En cuanto Dumako y Marambua se enteren, uno matará al otro, y el que quede tendrá que huir. En cuanto a usted, se verá bien claro que ha sido objeto de difamaciones bien preparadas por esa conjura entre Marambua y Donombo por un lado y Villiers y Okolo por otro... y todos comprenderán que han estado equivocados con usted.

Abel K. Gardiner comenzó a sonreír.

—Eso podría significar que a partir de ahora me van a aceptar de buen grado... y que seré reelegido dentro de dos años.

—Es lo que todos queremos, ¿no? —sonrió Oscar.

—Muy bien... Lo haremos así... ¡Ha sido un buen trabajo, señor Webb! ¡Un magnífico trabajo!

CAPÍTULO VIII

HACÍA pocos minutos que había amanecido cuando Timbo Nekabamba detuvo el automóvil en la linde de la selva, se apeó y se adentró a pie por la espesa vegetación. Se oía el canto de algunos pájaros, y más espaciados, los graznidos de algunos pajarracos. El sol formaba una celosía cegadora por entre los ramajes.

Su encuentro con Dickson Marambua se produjo muy pronto, en un pequeño claro metido en la espesura. Marambua estaba sentado en un tronco de árbol caído tiempo atrás, casi podrido, y lo oyó enseguida. El gigantesco sargento se puso de pie, apenas apareció Timbo Nekabamba, el cual fue a detenerse ante él.

—¿Está solo, Dickson? —preguntó.

—Así lo convinimos anoche por la radio, ¿no? —replicó Marambua—. ¿Qué es lo que ocurre?

Timbo Nekabamba lo explicó. El asombro de Marambua iba en aumento a medida que escuchaba. Cuando Nekabamba terminó, el sargento masculló.

—¿Quiere decir, entonces, que en efecto Villiers y Okolo estaban conspirando?

—Así es. Lo admitieron anoche ante el agente de la C.I.A., ese Webb, pero naturalmente costará hacerles confesar en público. De momento, están en la prisión militar, a cargo de los coroneles Tenti y Namua

Marambua torció el gesto.

—Namua y Tenti no son precisamente amigos del señor Gardiner, usted lo sabe.

Nekabamba mostró una astuta sonrisa.

—Mejor Así nadie dudará de nada cuando finalmente Okolo y Villiers, que habrán estado a su cargo, terminen por confesar. Y cabe suponer que a partir de ese momento se mostrarán decididamente partidarios de Gardiner. Muerto Donombo, Villiers y Okolo detenidos para ser juzgados y condenados a muerte, y con los coroneles Tenti y Namua de parte de Abel, todo habrá salido incluso mejor de lo que esperábamos.

—¿Y qué pasará conmigo? Desde luego, en cuanto me reúna con mis hombres voy a buscar a ese sargento Dumako y lo voy a hacer pedazos, pero...

—¿Qué quiere decir con eso de ese sargento Dumako? —se sorprendió Nekabamba—. ¿Acaso no lo conoce personalmente?

—No. Pero lo encontraré. Lo haré discretamente, y en cuanto le eche la vista encima... Bueno, deje eso de mi cuenta. Hablemos de mi futuro. Se me hicieron muchas promesas, ¿lo recuerda usted?

—Lo arreglaremos, naturalmente.

—¿Lo arreglaremos? —frunció el ceño Marambua—. Vamos a ver, vamos a ver... ¿qué quiere decir ahora usted con eso de que lo arreglaremos? Dejando aparte la sorpresa que nos han deparado Okolo y Villiers, yo me presté a servir al Presidente Gardiner en todo, ¿no es cierto? ¿Qué se me va a dar a cambio?

—De momento —gruñó Nekabamba—, acabamos de darle la vida. Si no hubiera venido a avisarle es posible que esta misma mañana le hubiera matado el sargento Dumako. No sé si comprende el esfuerzo que he tenido que hacer para venir hasta aquí, Marambua.

—Pudo decirme todo eso por la radio.

—¿Está loco? —se irritó Nekabamba—. ¡Uno nunca sabe quién puede captar nuestra onda! ¡Ya fue demasiado llamarle para pedirle que nos reuniéramos aquí! ¡Y creo que eso demuestra que se le tienen a usted muchas consideraciones!

Dickson Marambua miraba fijamente a Nekabamba.

—Mire usted, señor vicepresidente —deslizó el hercúleo sargento—, a mí se me hicieron unas proposiciones y unas ofertas. Las proposiciones fueron que me rebelase, que me lanzase a las montañas con cuantos hombres quisieran seguirme, y que me apoderara del cianuro y luego lanzara mis amenazas, o, mejor, mis exigencias respecto a esas elecciones extraordinarias. Al mismo

tiempo, debía arreglármelas para que Donombo, Villiers y Okolo apareciesen como colaboradores míos, o, mejor dicho, como colaborador de ellos. De nodo que escribí la nota, la envié al secretario de Donombo, que trabaja también para ustedes, y él la puso en la caja de Donombo, la mañana en que uno de mis hombres estaba esperando cerca de su casa para matarlo. Todo eso lo he hecho. ¿Sí o no?

—Sí, claro, pero...

—Espere, espere. La idea era que, una vez la nota en poder de ustedes, pues no cabía duda de que los agentes americanos son listos y saben pensar y acudirían a ver qué conseguían en la casa de Donombo, y ya muerto Donombo, detendrían a Villiers y Okolo, serían juzgados y claro está, por mucho que protestasen, condenados a muerte. Y ello porque, al poco de ser detenidos ellos, también habría sido detenido yo, que confesaría dónde estaba escondido el cianuro y, además, diría que, en efecto, había estado trabajando para Donombo, Villiers y Okolo. Con esto, ellos y yo seríamos condenados a muerte, y todo quedaría bien claro respecto a que el señor Gardiner, nuestro presidente, era una excelente persona que había estado sometido a calumnias y una conspiración maquiavélica. ¿Fue así como lo convinimos todo, señor Nekabamba?

—Sí, sí.

—Bien. Ahora, esa inesperada detención de Okolo y Villiers ha facilitado las cosas en el sentido de que no va a nacer falta que yo sea detenido, juzgado y demás, y, posteriormente, se realizara la última parte del plan: a mí se me facilitaría la fuga del país y se me entregarían dos millones de dólares americanos. A cambio de eso, yo habría estado arriesgando mi vida y colaborando con usted, con el señor Emerson Smith y sobre todo con el señor presidente para que este, cuya imagen y popularidad estaban muy deterioradas, no solo continuara en el poder, sino que eliminara a los hombres que ya en el presente y sobre todo en el futuro podían hacerle sombra: Nubo Donombo, el coronel Okolo, y el señor Villiers. Como todo esto se ha conseguido, ustedes tres podrán seguir engañando al país durante varios años más, y continuar llenándose los bolsillos bajo la indulgente mirada de los americanos, que solo les interesa de Mogambia su ubicación en África, y, posiblemente muy pronto, la

mano de obra para la explotación de minas, quizá petróleo, o quizá la construcción de bases militares. Es decir, que ustedes tres, que han engañado al pueblo mogambiano y han planeado asesinatos y ahorcamientos de hombres a los que de nada les habría servido gritar que eran inocentes, lo han conseguido todo. Estados Unidos, también. Pero... ¿y yo? ¿Qué me dice de mis dos millones de dólares? O bien: ¿qué hago ahora, cómo me escapo de Mogambia? ¿Me ayudarán, conforme a lo prometido, o quizá han pensado que debo arreglármelas solo?

—Como ya no necesitamos detenerle para que acuse a los demás, será ayudado a escapar —dijo Nekabamba—. Pero no inmediatamente, Marambua.

—¿No? ¿Cuándo? ¿Y me darán el dinero o no?

—Primero lo sacaremos de Mogambia, y luego le pagaremos lo convenido. Mire, Marambua, si no quisiéramos cumplir nuestra parte, habría bastado dejar que el sargento Dumako le matara, ¿no es así?

—Usted sabe que, si no hubiera venido a avisarme, yo le habría matado a él en cuanto hubiese escuchado la radio... Y que me habría enfadado mucho con ustedes por no haberme advertido. De modo que usted ha venido aquí para que yo no me enfadara más tarde y quizá decidiera tener una entrevista con esos agentes de la C.I.A., o con otras personas.

—Está bien —sonrió Nekabamba—. De todos modos, le hemos avisado, ¿no? Y cumpliremos nuestra parte. Pero antes queremos otra cosa de usted, Marambua.

—Ah —sonrió este—. Ya salió la verdad, ¿eh? Muy bien: ¿para qué les sirve todavía el fiel sargento Marambua?

—El presidente Gardiner, que por cierto no olvida la lealtad de usted, quiere anotarse todavía otro triunfo: conseguir recuperar el cianuro. Pero eso lo haremos en cuanto los agentes de la C.I.A. se hayan marchado, a fin de que todo se anote a la lista personal de éxitos de Abel Gardiner. ¿Se le ocurre cómo podemos hacer eso de modo que todo resulte verosímil... y usted no resulte perjudicado?

—¿De modo que también quieren el cianuro?

—Naturalmente. Se nos ha ocurrido que podríamos recuperarlo mediante un enfrentamiento armado en el que el Ejército ganaría, claro está, pero del que usted podría escapar. Y ese sería el

momento que aprovecharíamos para sacarlo del país y ponerlo rumbo a Europa, donde le estarían esperando los dos millones de dólares.

El rostro de Dickson Marambua se endureció.

—Lo que ustedes quieren es matarme en ese enfrentamiento.

—No. De veras. Si quisiéramos matarlo, yo podía haberle tendido una trampa ahora, esta mañana.

—Está bien... —murmuró Marambua—. Esperaremos. Y dentro de unos días, me comunicaré con usted para prepararlo todo.

—Gracias —Nekabamba le tendió la mano—. No olvide que debemos recuperar el cianuro, Marambua.

—No lo olvidaré. Adiós, señor vicepresidente.

—Adiós.

Timbo Nekabamba tendió la mano a Marambua, y luego emprendió el regreso, dejando al sargento en el pequeño claro. Apenas había caminado treinta pasos. Timbo Nekabamba se detuvo en seco y se quedó mirando con ojos desorbitados a la señorita Amberly, que apareció ante él empuñando una pistola con silenciador y mostrando una fría sonrisa en sus bonitos labios sonrosados. Nekabamba abrió la boca, pero la señorita Amberly se llevó un dedo a los labios, y le apuntó a la cabeza. Nekabamba no emitió sonido alguno. Y al mismo tiempo que decidía permanecer en silencio, vio aparecer al coronel Tenti de la espesura, también apuntándole con una pistola. En pocos segundos, aparecieron varias personas más, entre las que distinguió, aterrorizado, al director de uno de los periódicos de Cité Mogambia, y a otras personalidades relevantes del país. Todos tenían el rostro demudado, y Timbo tuvo que comprender que lo habían oído todo, que habían escuchado la conversación entre él y Marambua de principio a fin. Le habían seguido, y no se había dado cuenta... Cerró los ojos.

Y de pronto pensó en Marambua.

¿Qué hacía el sargento?

Detrás de él, simplemente, el sargento Marambua comenzaba también a cruzar la espesura hacia el lugar donde había dejado el «jeep». Pero tampoco Marambua caminó muchos pasos, pues, de pronto, Oscar Webb apareció ante él, pistola en mano.

El negro se detuvo en seco, y su mirada fue hacia la pistola de Oscar, luego a los ojos de este...

—Si dispara —dijo serenamente Marambua—, jamás encontrarán el cianuro, y alguien podría decidir utilizarlo algún día.

Una insólita sonrisa, seca, fría, apareció en el curtido rostro de Oscar Webb.

—Ya sé dónde está el cianuro —dijo.

—¿Si? ¿Dónde?

—Usted, seguramente, ha podido engañar a medio mundo, Marambua, pero yo formo parte del medio mundo que no ha sido engañado: el cianuro está en el mar. Por eso hundieron el barco, lo que me pareció poco práctico. Pero para usted lo era, ¿verdad? Hundieron el barco, y luego sus hombres-rana fueron sepultando bajo el casco los bidones, ocultándolos con arena. Esto era mucho más práctico que trasladarlos a tierra... y la amenaza seguía existiendo, pues todos debían creer que disponía del cianuro.

—Es usted muy listo.

—Si. Y usted también es listo... De veras. Y ambicioso.

—No iba a conformarme toda la vida con el cargo de simple sargento, y con suerte, ser algún día oficial... con lo que seguiría toda mi vida bajo las órdenes de otras personas.

—¿Qué tienen de malo las órdenes?

—Prefiero ser libre e independiente, así que aproveché la primera ocasión para intentarlo. Me pagarán dos millones de dólares. Le daré uno a usted si...

—No diga más tonterías —rechazó Oscar—. ¿Aún no ha comprendido que todo está perdido? La señorita Amberly, a la que usted deslizó la información de que Donombo intervenía en esto a favor de usted, está ahora con Timbo Nekabamba. Él tampoco saldrá bien librado. Ni Abel Gardiner, ni Emerson Smith. Los tres lo van a pasar muy mal en cuanto el coronel Tenti, que también lo ha escuchado todo, así como otras personas, regresen a Cité Mogambia... Pero todo esto no me interesa demasiado, es cosa de perros asesinos... que se llevarán su merecido. A mí, lo que me molesta de usted, es que decidiera que la señorita Amberly fuera violada y luego asesinada. Esto, claro, después de permitirle astutamente utilizar su radio para que me avisara respecto a Donombo, y yo siguiera la pista siguiente de la nota en la caja fuerte de este... Todo eso. Si, Marambua, me molestó mucho lo que usted le preparó a la señorita Amberly.

—¿Y qué piensa hacer?

—¿Qué pienso hacer? Pues, cumplir las órdenes. A mí también me molesta a veces cumplir órdenes, pero a veces me satisface.

—¿Y cuáles son sus órdenes, señor Webb?

—Básicamente, dos. Una, recuperar el cianuro, cosa que haré muy pronto. Dos matarle a usted. Es decir, misión cumplida.

—No va a matarme a sangre fría —sonrió Marambua.

Oscar Webb también sonrió, pero de modo diferente.

Apuntó al pecho de Dickson Marambua, y apretó el gatillo por dos veces.

Plop, plop, chascó la pistola.

Y las dos balas penetraron, casi juntas, en el corazón de Dickson Marambua, que murió en el acto y se desplomó lentamente hacia atrás.

Cuando Oscar Webb pasó por encima de su cadáver para ir a reunirse con los demás, murmuró:

—Ya ve, sargento: órdenes son órdenes.

* * *

—Pero usted —jadeó Abel Gardiner— no está cumpliendo las órdenes que recibió

—¿No? —se sorprendió la señorita Amberly—. ¿Has oído eso, querido?

Miró hacia Oscar Webb, que encogió los hombros. Abel Gardiner había sido sorprendido en su despacho por el grupo, en compañía de Emerson Smith, que ahora, como Celia Gardiner, estaba junto al presidente de Mogambia. Los tres parecían acorralados por el coronel Tenti y los demás, que sujetaban a Timbo Nekabamba.

—¿Qué órdenes recibieron ustedes? —preguntó Tenti.

—Las que recibimos las hemos cumplido —dijo Oscar—: recuperar el cianuro y eliminar al sargento Marambua...

—¡Pero también recibieron órdenes de ayudarme a mí! —casi gritó Gardiner—. ¡Y están pretendiendo hundirme!

—¿Pretendiendo? —se pasmó la señorita Amberly—. Vamos, señor Gardiner, no sea optimista: lo hemos hundido ya. Nuestra trampa inventando la conspiración de Villiers y Okolo ha funcionado, con la colaboración de ellos, claro.

—¡Y han dejado a Washington sin el hombre que les convenía en Mogambia! —exclamó Abel Kombato Gardiner.

—¿Sabe, señor Gardiner?: nadie es insustituible. Está claro que usted va a ser denunciado, juzgado y condenado, y como quiera que el vicepresidente señor Nekabamba correrá su misma suerte, Mogambia se va a quedar sin presidente ni vicepresidente. Sin embargo, eso se arreglará muy pronto, cuando se convoquen las elecciones extraordinarias y el señor Villiers sea elegido presidente. Porque ha de saber usted que mientras nosotros andábamos a la caza del señor Nekabamba y del sargento Marambua, el coronel Namua se aseguraba de que en todo momento el señor Villiers y el coronel Okolo no eran maltratados ni asesinados misteriosamente, de modo que dentro de muy poco estarán en libertad. Así que usted y sus amigos van a... desaparecer y Mogambia tendrá un nuevo presidente. Por cierto, ya anoche, cuando, Oscar se confabuló con Okolo y Villiers en la fiesta, quedó bien claro no solo toda la comedia que se tenía que realizar, sino también que Washington ayudaría al señor Villiers a conseguir la presidencia de Mogambia... siempre y cuando el señor Villiers aceptase en el futuro... ciertas sugerencias de Washington en asuntos internacionales. El señor Villiers aceptó. Así que servirá mejor que usted, pues me atrevo a suponer que él no pretenderá tomarle el pelo a la C I A., que es ni más ni menos lo que ha pretendido usted. ¿No es así, señor Gardiner? ¡Tomarle el pelo a la C.I.A.! Pero hombre, ¿está usted loco? Se monta usted todo un tinglado, pide ayuda a la C.I.A., y luego se dispone a manejar a sus enviados como si fuesen tontos... Pero, en fin, todo eso casi se le podría perdonar, señor Gardiner. ¿Sabe lo que nunca se le podrá perdonar?

—¿Qué? —jadeó Gardiner.

—La tripulación del «Bondieu» fue asesinada, y lo mismo Nubo Donombo, y los hombres del servicio secreto que estaban en la lancha, y varios agentes de la C.I.A. fueron torturados... Y sobre todo, señor Gardiner, por culpa de usted fue asesinado el jefe de su propio servicio de espionaje, Nio Korengo, porque junto con Duncan Terrell, de la C.I.A., debían haber descubierto algo. Y claro, señor Gardiner, también Duncan Terrell fue asesinado... Se ha excedido usted. Me gustaría matarlo personalmente, pero también será un placer leer dentro de poco en la prensa que usted ha sido ahorcado... ¿Y dice usted que nosotros no hemos cumplido las órdenes de Washington? ¿Realmente lo cree así?

Abel Gardiner tragó saliva, y no contestó. La señorita Amberly miró a Celia Gardiner:

—Feliz estancia en la cárcel, bruja —sonrió fríamente—. Y mientras tú te pudres allí. Oscar y yo nos volvemos a Europa... ¿Le enviarás una postal a Celia, Oscar?

—Me parece que no.

—¿No? ¡Pero si la pobrecita incluso se te ofreció...! ¿No se merece una postal?

—Quizá —deslizó Oscar Webb—. Pero nadie me ordenó que le enviara postales a la señorita Gardiner. Y... órdenes son órdenes. Lo demás no importa.

ESTE ES EL FINAL

—PUES yo creo —dijo Winifred— que si estabas tan enfadado con Dickson Marambua es porque yo te importo algo.

—Naturalmente —asintió Oscar—: eres una compañera agradable, eficaz y servicial. ¿Cómo no habías de importarme?

—O sea, que insistes en verme solo como una compañera de trabajo.

—¿De qué otro modo, si no?

Estaba lloviendo en París, y la lluvia, brillante, se veía a través de los cristales de la ventana del dormitorio, en el cual solo estaba encendida la luz de la mesita de noche del lado de Oscar, que estaba de costado en la cama, apoyado sobre un codo, tan desnudo como la señorita Amberly y mirando a esta con expresión interrogante.

Y, de pronto. Winifred se sentó en la cama.

—Bueno, pues se acabó —dijo hoscamente.

—¿A qué te refieres?

—Me vuelvo a Washington. Ahora mismo.

—¡Qué ocurrencia...! ¡Pero si tienes vacaciones, igual que yo! ¡Y además, está lloviendo!

—Me da lo mismo.

—Y no tienes pasaje para el avión. ¡Ni siquiera sabes si habrá un vuelo a estas horas!

—De todos modos, me voy. Puedes llamar a una de tus amiguitas parisinas, si necesitas... más servicios.

—No entiendo qué te ha hecho enfadar —se mostró perplejo Oscar Webb—. Ya convinimos en que lo nuestro era provisional,

¿no?

—Es verdad, lo convinimos. Y precisamente por eso, porque era algo provisional, ha terminado... en este mismo momento.

Oscar Webb asió a Winifred Amberly por un brazo, y la derribó encima de él, notando la turgencia y el calor de sus pechos. La besó en un lado de la boca, en el cuello, en un hombro...

—¿Y no podrías esperar aunque solo fuese... veinte minutos más? —susurró, mordisqueando su orejita.

—Bueno... ¡Pero solo veinte minutos! Ahora soy yo quien dice que esta situación es provisional... ¿De acuerdo?

—Que sí, mujer...

Poco después, abrazados, los dos pensaban que hay situaciones provisionales... que deberían durar por lo menos mil años.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.